



LOS SUEÑOS DE DANIELA DE DANIELA

Por Salvador Rangel Abud

Salvador Rangel Abud

LOS SUEÑOS DE DANIELA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Hay sueños que no se van. Que permanecen adheridos al alma como un vapor oscuro, como una presencia que respira lentamente detrás de la nuca, esperando a ser reconocida.

Daniela aprendió desde muy pequeña a guardar silencio sobre los suyos. No porque no los recordara — los recordaba con una nitidez que asustaba — sino porque nadie a su alrededor parecía preparado para escuchar lo que sus noches contenían. Lo que comenzó como la inquietud de una niña que no dormía tranquila se fue convirtiendo, capítulo a capítulo, en algo más complejo y más oscuro: una vida entera construida sobre el filo entre lo que se sueña y lo que se vive, entre la otra Daniela que habita el sueño y la que despierta cada mañana con la certeza de que algo importante no ha terminado.

A su lado, Álvaro: figura que no se deja clasificar fácilmente, presencia que el relato construye con la paciencia de quien sabe que algunos personajes necesitan tiempo para revelar lo que son.

Los Sueños de Daniela es una novela de descenso interior narrada en veintiún capítulos que se van comprimiendo a medida que la historia se acelera — El vacío que consume, El descenso al abismo, La resistencia del alma, El abismo que se abre, El abismo final — hasta un epílogo que no resuelve sino que reconoce. Una novela más silenciosa que otras, más interior, construida con la precisión de quien sabe que hay verdades que solo se dicen en voz muy baja.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela explora de manera sostenida la vida onírica como espacio psicológico real, el deterioro emocional gradual, y la tensión entre la identidad consciente y la que emerge durante el sueño. Contiene situaciones psicológicamente intensas y un descenso narrativo hacia el abismo interior que puede resultar perturbador para algunos lectores. No contiene violencia física explícita. Sí contiene la clase de oscuridad que no viene de afuera sino de adentro, que es la más difícil de nombrar y la más honesta.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *Los Sueños de Daniela* su conocimiento clínico de la mente humana se pone al servicio de una exploración literaria de lo onírico como territorio psicológico: los sueños no como metáfora decorativa sino como espacio donde la verdad que la vigilia no puede sostener encuentra finalmente su forma. Una novela más silenciosa que otras de su obra, y por eso mismo, en ciertos sentidos, más valiente.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Sueños de Daniela

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela psicológica / Ficción onírica / Drama interior

Extensión: ~24,501 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 21 capítulos + Epílogo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la medicina del sueño formula con frecuencia y que la literatura rara vez termina de responder: ¿qué ocurre cuando los sueños no son síntomas sino mensajes? ¿Cuando lo que la mente construye durante el sueño no es ruido sino señal, y la dificultad no es interpretarla sino soportar lo que dice?

Daniela no es una paciente. Es alguien que ha aprendido a vivir con algo que la mayoría de las personas no tendría que cargar, y que lo hace con la dignidad silenciosa de quien no espera que nadie más entienda exactamente lo que carga. Su historia no es sobre la locura ni sobre lo sobrenatural. Es sobre la frontera — siempre más delgada de lo que creemos — entre lo que soñamos y lo que somos.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

sueños · psicología · ficción onírica · identidad · descenso interior · novela psicológica · drama interior · abismo · memoria · novela en español · vida onírica · desdoblamiento · silencio · resistencia · verdad

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre los sueños como metáfora sino como territorio real donde ocurren cosas que importan. A lo largo de sus veintiún capítulos, *Los Sueños de Daniela* explora la vida onírica como espacio donde la verdad que la vigilia no puede sostener finalmente encuentra su forma, la identidad como algo que no es fijo sino que se negocia cada noche entre la Daniela que duerme y la que despierta, el silencio como estrategia de supervivencia de quien carga algo que sabe que los demás no están preparados para escuchar, el descenso como proceso que tiene su propia lógica y su propio ritmo y que no puede detenerse a voluntad, y la resistencia del alma como última forma de integridad cuando todo lo demás ha cedido. La progresión de títulos en los capítulos finales — del vacío al abismo, del abismo a la resistencia, de la resistencia al abismo final — no es repetición sino espiral: cada vuelta llega más hondo que la anterior.

CITAS DESTACADAS

"Hay sueños que no se van. Que permanecen adheridos al alma como un vapor oscuro, como una presencia que respira lentamente detrás de la nuca, esperando a ser reconocida."

"Daniela aprendió desde muy pequeña a guardar silencio sobre los suyos."

"Hay una frontera — siempre más delgada de lo que creemos — entre lo que soñamos y lo que somos."

"La otra Daniela sabía cosas que esta no podía admitir todavía."

"El abismo no llega de golpe. Llega capítulo a capítulo, con toda la paciencia del mundo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Los Sueños de Daniela* un territorio narrativo cercano, con la voz propia e inconfundible de su autor.

Jorge Luis Borges (*Ficciones*, *El Aleph*): lo onírico como espacio donde las leyes de la realidad se suspenden sin que por eso dejen de tener consecuencias. Julio Cortázar (*Rayuela*, *Final del juego*): la frontera porosa entre el sueño y la vigilia como territorio narrativo donde la identidad se vuelve inestable y fascinante. Patricia Highsmith (*El talento de Mr. Ripley*, *El grito de la lechuza*): el descenso psicológico narrado desde adentro, con la frialdad clínica de quien observa el deterioro sin poder detenerlo. Silvina

Ocampo (*La furia*, *Las invitadas*): la narrativa onírica latinoamericana donde lo perturbador no necesita explicación sobrenatural porque la psicología humana es suficientemente oscura.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela es la más interior y la más silenciosa: donde *Los Reflejos del Alma* explora el colapso de una psiquiatra desde afuera hacia adentro, *Los Sueños de Daniela* lo hace desde adentro hacia adentro, sin salida exterior posible. Es una novela que exige del lector la misma quietud que exige de su protagonista.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Daniela guarda silencio sobre sus sueños desde niña porque nadie a su alrededor parece preparado para escucharlos. ¿Es ese silencio una forma de protección o una forma de prisión?

La novela presenta una "otra Daniela" que habita el sueño. ¿Cree usted que esa otra Daniela es más verdadera que la de la vigilia, o simplemente diferente?

Los capítulos finales son notablemente más cortos que los anteriores. ¿Cómo experimenta usted ese cambio de ritmo como lector? ¿Lo siente como aceleración, como agotamiento, o como algo distinto?

Álvaro ocupa un lugar significativo en la novela sin que su naturaleza quede completamente definida. ¿Qué función cumple su presencia en la historia de Daniela?

El epílogo se titula "El eco del abismo". ¿Qué sugiere ese título sobre lo que queda después del descenso? ¿Es un final de derrota, de supervivencia, o de otra cosa?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Los Sueños de Daniela*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Los Sueños de Daniela*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Los Sueños de Daniela*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar y —

como demuestra esta entrega— la ficción onírica de descenso interior. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay novelas que uno escribe en voz alta y novelas que uno escribe en voz muy baja. *Los Sueños de Daniela* pertenece a la segunda categoría — y eso, lejos de ser una limitación, es su forma particular de honestidad.

Daniela no pide ser comprendida. No busca explicación ni redención ni el aplauso de quienes finalmente entienden lo que cargaba. Simplemente existe, sueña, desciende y resiste — con la dignidad silenciosa de quien sabe que algunas verdades no necesitan testigos para ser reales.

El eco del abismo, al final, no es el sonido de algo que se pierde. Es el sonido de algo que persiste. Y esa diferencia — pequeña, casi imperceptible, pero real — es todo lo que Daniela necesita para seguir siendo Daniela.

INDICE

PRÓLOGO

Capítulo 1: La niña que no dormía tranquila

Capítulo 2: El eco de los sueños

Capítulo 3: El secreto en la libreta

Capítulo 4: El padre de los domingos tristes

Capítulo 5: Las señales que nadie ve

Capítulo 6: Álvaro en la encrucijada

Capítulo 7: La puerta que no debía abrirse

Capítulo 8: La desgracia toca a la puerta del padre

Capítulo 9: La otra Daniela

Capítulo 10: La puerta ya no está

Capítulo 11: La última vez que vi a Álvaro

Capítulo 12: La marca del destino

Capítulo 13: El precio de la verdad

Capítulo 14: La sombra se acerca

Capítulo 15: La huida imposible

Capítulo 16: La verdad que quema

Capítulo 17: El vacío que consume
Capítulo 18: El descenso al abismo
Capítulo 19: La resistencia del alma
Capítulo 20: El abismo que se abre
Capítulo 21: El abismo final
Epílogo: El eco del abismo

PRÓLOGO

Hay quienes sueñan con volar, otros con caer. Algunos despiertan a media noche perseguidos por monstruos absurdos que, al abrir los ojos, se disuelven en la oscuridad familiar del dormitorio. Pero hay sueños que no se van. Que permanecen adheridos al alma como un vapor oscuro, como una presencia que respira lentamente detrás de la nuca, esperando a ser reconocida.

Daniela aprendió desde muy pequeña a guardar silencio sobre los suyos. No porque no los recordara —los recordaba con una nitidez aterradora— sino porque comprendió, con una sabiduría impropia de su edad, que nombrarlos sería invocarlos. Y lo que se invoca, tarde o temprano, se manifiesta.

Los primeros fueron confusos: fragmentos de realidades rotas, rostros desconocidos con expresiones de pánico, un grito ahogado al final de un pasillo blanco que parecía estirarse infinitamente. Luego vinieron los otros, los que se hacían carne. Al principio les restó importancia, como quien descarta una coincidencia incómoda. ¿Quién iba a creer que una niña podía anticipar la muerte de una vecina o el incendio de una fábrica con solo cerrar los ojos? Pero cuando los hechos comenzaron a repetirse —con una exactitud que helaba la sangre— Daniela comprendió que el sueño no era solo una advertencia... era una sentencia.

Porque el sueño nunca llegaba solo. Siempre venía acompañado de una sombra, de una fractura en el orden natural, de una grieta en la vida de alguien cercano. Soñar era anunciar el desastre. Y ella soñaba cada vez con mayor frecuencia.

A su alrededor, su mundo se desmoronaba en un silencio cómplice: un padre que ahogaba en alcohol recuerdos que no se atrevía a enfrentar, una madre que se refugiaba en rezos obsesivos para no mirar lo evidente, y un

hermano que había aprendido a existir sin ver. Nadie —ni siquiera la propia Daniela— sospechaba todavía que su mente no era un refugio, sino una puerta entreabierta al abismo. Y lo que cruzaba esa puerta... no siempre tenía nombre en nuestro mundo.

Esta es su historia. Una historia que comienza como un susurro en la oscuridad y termina como un grito desgarrado en el vacío. Una historia que, tal vez, preferirías no haber descubierto nunca.

Porque después de conocerla, comenzarás a dudar de tus propios sueños.

Y ese, querido lector, es el verdadero peligro de saber.

Capítulo 1

La niña que no dormía tranquila

A veces, Daniela se despertaba llorando. No era el llanto superficial de una pesadilla común —esos que los niños olvidan al minuto de abrir los ojos—, sino un sollozo profundo, estremecedor, como si su alma despertara empapada en un miedo ancestral que ninguna palabra podía nombrar. Tenía cinco años cuando comenzó a suceder. Su madre, con los ojos entrecerrados por la desconfianza, murmuraba que era "el demonio que se cuela en los sueños de los débiles". Su padre, cuando estaba presente, apenas levantaba la mirada del vaso que sostenía entre las manos temblorosas. Y Álvaro, su hermano mayor por apenas tres años, simplemente giraba los ojos con fastidio adolescente cuando ella llamaba por ayuda desde la habitación contigua, su voz pequeña quebrándose en la oscuridad.

Pero Daniela no era débil. Solo cargaba con un peso que ningún niño debería soportar. Tenía miedo, sí, pero no de monstruos bajo la cama o de la oscuridad que engullía su habitación cuando se apagaba la luz. Temía cerrar los ojos y que el mundo que veía al dormir fuera más real, más violento y definitivo que el que dejaba al apagarse la lámpara de su buró. Porque en ese mundo no había hadas protectoras ni príncipes valientes. Había sangre que manchaba aceras desconocidas. Había gritos que resonaban en pasillos de hospitales. Había rostros contraídos por un dolor que aún no había llegado, pero que ella sabía —con la certeza terrible de lo inevitable— que llegaría.

La primera vez que lo entendió, soñó con una mujer de cabello blanco parada en la entrada de su casa, envuelta en una luz grisácea y difusa. No dijo nada. Solo la miró con una mezcla desconcertante de ternura infinita y resignación absoluta, como quien reconoce a una igual en el sufrimiento. A la mañana siguiente, su vecina —doña Irene, la anciana del cabello blanco— no salió a regar sus begonias como cada amanecer. La encontraron muerta en su cocina, con la mejilla apoyada suavemente en un plato de avena, como si simplemente se hubiera detenido a escuchar una música lejana.

Daniela no lo supo hasta horas después, cuando escuchó los murmullos adultos y vio la ambulancia. Pero algo en su interior ya lo había reconocido al despertar: un nudo extraño en las entrañas, un vacío familiar, como si una parte de ella hubiera acompañado a doña Irene en su último viaje y hubiera regresado transformada.

Con los años, los sueños adquirieron una nitidez dolorosa. Ya no eran fragmentos aislados, sino secuencias completas, escenarios detallados, conversaciones enteras, lugares que jamás había visitado en la vigilia pero que reconocía con la familiaridad de lo vivido. A veces, al despertar, recordaba los detalles con una precisión que quemaba: la forma exacta en que caía la lluvia sobre un paraguas rojo, formando riachuelos que parecían venas oscuras; el sonido húmedo y definitivo de un zapato pisando tierra blanda recién removida; el chirrido melancólico de una puerta metálica que se abría lentamente a lo lejos, revelando una oscuridad absoluta. Lo verdaderamente perturbador era que todo eso, tarde o temprano, ocurría. No como un *déjà vu* pasajero, sino como una película cuyo guion ella había leído de antemano, incapaz de cambiar ni una sola línea.

Pero Daniela había aprendido a callar. No después de aquella única vez que intentó compartir su carga.

Tenía ocho años cuando, en un susurro apenas audible, le confesó a su madre que había soñado que la iglesia del pueblo ardía durante la misa dominical. El fuego surgía del campanario y devoraba los vitrales como si fueran papel. La mujer, horrorizada ante lo que consideró una blasfemia, la arrastró al confesionario con urgencia desesperada y la obligó a repetir diez veces, como un mantra expiatorio, que no debía prestarle su mente al maligno. El domingo siguiente, en medio de un cielo despejado, un rayo inexplicable cayó sobre el campanario de la iglesia. Las vigas crujieron, los vitrales estallaron en una lluvia de colores rotos, y el pánico se apoderó de los fieles. Nadie perdió la vida, pero desde entonces su madre la obligaba a dormir con una biblia bajo la almohada y una cruz bendecida colgando del cuello como un ancla que debía mantenerla en este lado de la realidad.

"No sueñes, niña," le susurraba su madre cada noche, como una oración invertida. "Los sueños son puertas entreabiertas, y tú no sabes quién las puede cruzar."

A Daniela le costaba cada vez más conciliar el sueño. El insomnio no era solo consecuencia del miedo a lo que podría ver tras sus párpados cerrados, sino porque comenzaba a entender, con una lucidez terrible, que cada vez que dormía, algo iba a suceder. Algo inevitable. Algo que ella presenciaba sin poder alterar ni un solo detalle. Y esa impotencia era peor que cualquier pesadilla.

"La niña que no duerme tranquila," comentaban algunas maestras entre susurros preocupados al ver sus ojeras violáceas, cada vez más profundas bajo los ojos verdes que parecían haber visto demasiado. "Tiene pesadillas," respondía su madre con un gesto tenso que no admitía

preguntas. Pero nadie sospechaba que aquella niña callada, de mirada grave y hombros ligeramente encorvados como quien lleva un peso invisible, cargaba con un don o una maldición que la separaba irremediabilmente del mundo.

Solo el silencio nocturno acompañaba sus vigiliass. Y el silencio, cuando se escucha demasiado tiempo, comienza a hablar con voz propia.

Capítulo 2

El eco de los sueños

Había algo inquietante en la manera en que las cosas se repetían. Como un eco, pensaba Daniela mientras observaba la lluvia golpear contra la ventana de su habitación. Pero no un eco sonoro y decreciente, como el que se desvanece al gritar en una caverna, sino uno más íntimo, más insidioso. Un eco visual que reverberaba en la realidad, que convertía sus noches en premoniciones y sus días en confirmaciones de un guion ya escrito. Como si el sueño fuera la piedra original lanzada al pozo oscuro del tiempo y los días siguientes fueran apenas sus ondulaciones inevitables, expandiéndose hacia un horizonte que ella no alcanzaba a comprender.

Tenía once años cuando lo entendió plenamente. No fue una revelación súbita, sino el resultado de pequeñas piezas que se encajaron silenciosamente, como un rompecabezas que se completa solo en la penumbra, cuando nadie mira. Soñó con un autobús escolar, las ventanas empañadas por el aliento y las risas adolescentes. Dentro, rostros borrosos que cantaban al ritmo desacompasado de una guitarra mal afinada. Un momento de alegría suspendido, perfecto en su inocencia. Luego, sin transición, un chirrido metálico que desgarraba el aire. Un impacto que doblaba el metal como si fuera papel. Un grito colectivo que se cortaba en seco. Y después, ese silencio particular que solo sigue a la tragedia. Oscuridad absoluta.

Al despertar, le temblaban las manos incontrolablemente. Sus sábanas estaban empapadas en sudor frío, y su respiración se entrecortaba como si hubiera corrido kilómetros. Tardó casi diez minutos en reconocer los contornos familiares de su habitación, en recordar quién era y dónde estaba. El sabor metálico del presagio permanecía en su boca.

Esa mañana transcurrió en un silencio denso, como si el aire mismo se hubiera espesado. Se vistió mecánicamente, ignorando los colores que normalmente elegía con cuidado. Apenas probó un trozo de pan en el desayuno y mantuvo la mirada fija en la mesa mientras su madre recitaba sus oraciones matutinas, el crucifijo apretado entre sus dedos blanquecinos, el ceño fruncido como si cada palabra fuera una batalla contra fuerzas invisibles que solo ella percibía.

En la tarde, la noticia llegó como un golpe seco al estómago: un camión que transportaba estudiantes de la secundaria vecina se había salido de la

carretera de Alboraya, precipitándose por un barranco. Tres adolescentes muertos. Una docena de heridos, algunos graves. "Una tragedia inexplicable", anunciaron en la televisión con ese tono solemne reservado para los desastres. Daniela solo podía pensar en el acorde disonante que había sonado en su sueño justo antes del impacto, en cómo las cuerdas de la guitarra se tensaban hasta romperse, presagiando el quiebre de algo mucho más fundamental.

Fue entonces cuando decidió comenzar a escribirlos. No todos sus sueños —muchos eran inofensivos, fragmentos oníricos sin consecuencia—, sino solo aquellos que traían consigo esa sensación inconfundible: un escalofrío en la base del cráneo, un peso en el pecho, el sabor metálico de lo inevitable. En una libreta escolar que escondía cuidadosamente dentro del forro de su mochila, comenzó a registrar cada detalle que pudiera recordar: lugares descritos con precisión obsesiva, personas con sus rasgos y gestos característicos, olores que persistían al despertar, palabras sueltas pronunciadas por voces que nunca había escuchado en vigilia. Al principio lo hacía como quien intenta poner orden en el caos, como quien nombra sus monstruos para domesticarlos. Pero pronto descubrió una verdad más perturbadora: los sueños no querían ser entendidos ni catalogados. Querían ser escuchados. Exigían reconocimiento.

Y lo peor: estaban evolucionando.

Ya no se limitaba a ser una simple observadora detrás de un cristal invisible. En algunos sueños más recientes, Daniela se encontraba participando en las escenas, no como ella misma, sino como una presencia integrada en la narrativa. A veces veía a través de los ojos de otras personas, sentía con sus cuerpos, respiraba con sus pulmones. Otras veces —y esto era lo que más la aterraba— percibía que algo o alguien la observaba desde las sombras de lo soñado. Una presencia sin nombre que dejaba a su paso una estela gélida, un susurro que no era voz humana pero que de algún modo se comunicaba directamente con su conciencia.

Fue entonces cuando el miedo dejó de estar confinado al territorio de los sueños. Como un líquido tóxico, comenzó a filtrarse en los intersticios de sus días. Las miradas prolongadas de desconocidos que parecían reconocerla sin haberla visto jamás. Las conversaciones cotidianas que, de pronto, repetían frases exactas que había escuchado mientras dormía. El timbre del teléfono que sonaba precisamente a la hora que había soñado la noche anterior. Y esa sensación constante, abrumadora, de estar esperando algo terrible que se acercaba inexorablemente, aunque no pudiera definir su forma ni su origen.

Un día, mientras estaba sentada en el porche trasero de la casa, Álvaro —su hermano— la sorprendió cerrando abruptamente la libreta con un gesto nervioso que delataba su secreto.

—¿Qué escribes ahí todo el tiempo? —preguntó con esa curiosidad a medias desganada que caracterizaba su adolescencia, una mezcla de genuino interés y pose de indiferencia.

—Cosas que sueño —respondió ella secamente, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Y para qué? ¿Piensas publicarlo o algo así? —insistió, arqueando una ceja con escepticismo.

Daniela negó con la cabeza, apretando la libreta contra su pecho como un escudo. No sabía qué responderle. ¿Cómo explicarle que sus sueños eran ventanas a tragedias futuras? ¿Que el accidente del camión escolar, la muerte repentina de doña Irene, el incendio en la iglesia, todo había desfilado por su mente antes de materializarse? No. Todavía no se sentía preparada para compartir ese peso.

El eco de los sueños continuaba amplificándose dentro de ella, ganando profundidad y nitidez. Y Daniela comenzaba a temer que, si no encontraba pronto algún modo de silenciarlo o al menos comprenderlo, terminaría por consumirla completamente.

Porque los ecos, cuando encuentran las paredes adecuadas donde rebotar, no se disuelven: se transforman en voces cada vez más articuladas.

Y hay voces que no nacieron para ser ignoradas.

Capítulo 3

El secreto en la libreta

La libreta carecía de cualquier rasgo distintivo exterior, sin título ni adornos ni marca alguna que sugiriera su importancia. Era un cuaderno escolar ordinario, de pasta azul desvaída y hojas cuadriculadas con los bordes ya gastados por el uso constante, idéntico a los que utilizaba para sus clases de matemáticas. Pero tras esa apariencia anodina se ocultaban los paisajes más perturbadores que Daniela había visitado jamás. Mundos fragmentados que no le pertenecían del todo, pero que la atravesaban como un río subterráneo de imágenes, sensaciones y sufrimientos ajenos que, de algún modo inexplicable, habían elegido su mente como cauce.

Ahí, en una caligrafía que se transformaba según la intensidad del sueño —a veces meticulosa y controlada, otras temblorosa y casi ilegible—, se acumulaban años de visiones nocturnas. Algunas apenas esbozadas en frases inconexas que funcionaban como anclas para su memoria ("humo negro ascendiendo desde la colina oriental"; "una mano sin rostro que acaricia un cristal empañado"; "el espejo estalla, pero los fragmentos quedan suspendidos"), y otras documentadas con una minuciosidad casi clínica: descripciones exhaustivas de rostros nunca vistos en vigilia, trazados de calles y edificios inexistentes en su pueblo, secuencias precisas de acontecimientos, incluso los olores que persistían al despertar —tierra mojada, metal caliente, ese aroma peculiar que precede a una tormenta

eléctrica. Había una página particularmente inquietante que solo contenía, en letras desproporcionadamente grandes, la frase "YA VIENE" repetida cuatro veces, con tinta corrida como si hubiera sido escrita bajo la lluvia o, peor aún, como si las lágrimas hubieran diluido la tinta mientras escribía.

Daniela no seguía un método para sus anotaciones. No había fechas ordenadas cronológicamente, ni clasificaciones temáticas. Solo entradas que se acumulaban con la urgencia desordenada de quien necesita exorcizar imágenes antes de que se solidifiquen en la memoria. Era un diario del caos, un registro personal del desorden que habitaba detrás de sus párpados cerrados.

Esa libreta azul representaba su única válvula de escape, el único receptáculo donde podía vaciar el peso de lo que veía sin miedo a ser juzgada o, peor aún, creída. Porque decirlo en voz alta implicaba riesgos que no estaba preparada para asumir. Su madre, con su devoción rígida y temerosa, seguiría interpretándolo como una interferencia demoníaca que requería más rosarios y agua bendita. Su padre, si acaso lograba captar su atención entre bruma alcohólica y silencios prolongados, probablemente la miraría con esa mezcla de incomprensión y temor que reservaba para todo lo que escapaba a su control. Y Álvaro... él comenzaba a intuir que algo no encajaba en su hermana pequeña, pero ¿estaba realmente preparado para conocer la verdad?

Una tarde de octubre, al regresar de clases, Daniela encontró la libreta sobre su cama. No como la había dejado —cuidadosamente oculta entre el colchón y el somier—, sino abierta, expuesta, vulnerable en medio de la colcha rosa que su madre se empeñaba en mantener en su habitación a pesar de que ella ya no se sentía cómoda con ese color infantil.

La sangre abandonó su rostro.

—¿Quién tocó esto? —preguntó en voz alta, aunque sabía que la casa estaba vacía a esa hora.

Con dedos temblorosos revisó cada página, buscando señales de intrusión: alguna nota burlona, un comentario al margen, una palabra tachada. No encontró nada evidente. Pero había algo distinto: una marca casi imperceptible. Álvaro —porque solo podía haber sido él— había doblado discretamente la esquina de una página particular. Una que contenía uno de sus sueños más recientes y perturbadores:

"Sueño: Álvaro me llama desde el otro lado de un muro gris que parece extenderse infinitamente en todas direcciones. No puedo verlo, pero reconozco su voz aunque suena apagada, como si hablara a través de agua. Grita algo que al principio no entiendo. Me acerco hasta que mi oído toca la superficie fría. El muro late como si tuviera vida propia. 'Aléjate', dice ahora con claridad aterradora. 'No soy yo quien te llama'. Me asomo por una grieta que no estaba allí un segundo antes. Del otro lado hay una figura con su rostro, pero los ojos... los ojos son pozos negros que parecen absorber la luz. Le pido que vuelva conmigo. La cosa que no es mi hermano

sonríe y me dice que ya es tarde, que 'la puerta solo se abre desde un lado'. Luego, todo se vuelve rojo como si el mundo entero sangrara."

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Daniela se resistió conscientemente al sueño. Se mantuvo despierta leyendo, dibujando, incluso haciendo ejercicios de matemáticas a la luz tenue de su lámpara de mesa. Cualquier cosa para no cerrar los ojos.

Al otro lado del pasillo, Álvaro tampoco dormía.

Durante el desayuno de la mañana siguiente, mientras su madre preparaba tostadas recitando oraciones en voz baja y su padre ya había salido "a buscar trabajo" —eufemismo familiar para sus largas horas en la taberna—, Álvaro la miró de un modo diferente. No con la habitual indiferencia adolescente, sino con una mezcla compleja de curiosidad y algo que parecía... ¿preocupación?

—A veces siento que te pasa algo —dijo finalmente, su voz deliberadamente casual contrastando con la intensidad de su mirada—. Algo que no le cuentas a nadie.

Daniela sintió que el aire se espesaba. Tragó el trozo de pan que masticaba sin apenas saborearlo. Miró de reojo a su madre, que continuaba murmurando plegarias como si estuviera sola en la cocina, ajena al mundo tangible que la rodeaba.

—¿Qué leíste exactamente? —preguntó directamente, sin molestarse en fingir ignorancia.

—No todo —admitió él, bajando ligeramente la voz—. No quise... invadir demasiado. Pero... —dudó un instante antes de continuar— Dani, ¿cómo sabías lo del camión escolar? Lo escribiste tres días antes de que ocurriera. Con detalles que no podrías haber inventado.

Ella no respondió. Se levantó abruptamente de la mesa, la silla arañando el suelo con un chirrido que sobresaltó incluso a su madre. Subió las escaleras de dos en dos y se encerró en su habitación.

Esa fue la primera vez que alguien cuestionaba directamente su secreto. Y también la primera vez que experimentó un leve alivio, como si el peso invisible que cargaba, al ser reconocido por otro, se volviera momentáneamente más ligero. Quizás hablar de ello no era tan peligroso como había creído siempre. Quizás Álvaro podría entender. Quizás...

Pero esa noche, el sueño llegó sin que pudiera evitarlo.

Vio a Álvaro de pie frente a un lago de superficie negra y perfectamente inmóvil, como si fuera petróleo en lugar de agua. Su hermano tenía la mirada fija en el horizonte, pero cuando se giró lentamente hacia ella, Daniela contuvo un grito: sus ojos estaban completamente vacíos, dos orificios que daban a la nada. Detrás de él, parcialmente oculta por la bruma grisácea que cubría el paisaje, se movía una presencia sin contornos definidos, como una condensación de sombras que adoptaba por momentos formas vagamente humanas. Su hermano abrió la boca y habló,

pero ningún sonido emergió de sus labios. En sus manos sostenía la libreta azul, abierta de par en par. Una súbita ráfaga de viento arrancó una página que voló como un pájaro herido hasta posarse suavemente sobre la superficie del lago. El papel no se hundió ni se mojó: quedó flotando, y las palabras escritas en él comenzaron a disolverse, formando remolinos de tinta que parecían cobrar vida propia bajo el agua.

Daniela despertó con un grito atrapado en la garganta, las sábanas empapadas no solo de sudor sino también de lágrimas que no recordaba haber derramado. Su corazón latía con tal violencia que podía sentirlo golpeando contra sus costillas como si quisiera escapar de su cuerpo.

El secreto ya no le pertenecía únicamente a ella. Y ahora que alguien más conocía su existencia, el sueño también había comenzado a interesarse por ese alguien.

Lo que Daniela aún no comprendía era que algunas puertas, una vez abiertas, no pueden volver a cerrarse. Y que hay conocimientos que, al compartirse, se multiplican de formas que escapan a nuestro control, como una gota de sangre en agua clara que no tarda en teñirlo todo.

Capítulo 4

El padre de los domingos tristes

Lo único verdaderamente constante en la figura de su padre eran los domingos.

Durante la semana, Francisco era apenas una sombra movediza que deambulaba entre el trabajo mecánico que cada vez realizaba con menos frecuencia, el bar de la esquina donde el camarero lo saludaba por su nombre sin alegría, la cama donde caía como un peso muerto en las madrugadas, y un silencio espeso, casi tangible, que impregnaba la casa como el persistente aroma del vino barato en su aliento. Un fantasma que ocupaba espacio físico pero que parecía habitar en otro plano de existencia, ajeno al sufrimiento que sembraba a su paso.

Pero los domingos... los domingos eran su extraño ritual de expiación.

Se levantaba invariablemente más tarde que todos, con el rostro arrugado por un sueño inquieto que nunca parecía descanso, y los ojos vidriosos aún nublados por el alcohol no del todo metabolizado. Sin pronunciar palabra, encendía metódicamente la televisión con el volumen silenciado —como si le interesaran las imágenes pero temiera las voces— y se instalaba frente al amplio ventanal de la sala, su mirada perdida en un punto indefinido más allá de los cipreses del patio, en algún lugar inaccesible para el resto de los mortales. No hablaba. No comía. Solo bebía taza tras taza de café amargo y negro como hollín, y fumaba cigarrillo tras cigarrillo con una dedicación obsesiva, como si en ese acto repetitivo pudiera gradualmente borrar algo que solo él recordaba, alguna culpa que lo corroía desde dentro con paciencia implacable.

Daniela lo llamaba —en secreto, en esos pensamientos que jamás compartía en voz alta— "el padre de los domingos tristes". Una figura cuya melancolía resultaba tan densa que parecía alterar la gravedad a su alrededor, atrayendo hacia sí todas las sombras de la casa.

Nadie sabía con certeza qué lo había roto. Su madre, cuando se veía obligada a referirse a él, lo hacía con un dejo de resignación amarga: "Tu padre es débil", sentenciaba, como quien habla de una vieja tubería que siempre gotea, un problema recurrente con el que una termina por convivir. A Daniela le costaba concebirlo simplemente como débil. Lo veía distante, ausente, perdido en sus propios abismos. Como un árbol seco que permanece erguido por pura inercia, pero que ya no da sombra ni fruto, ni razón alguna para su permanencia.

Ese domingo, sin embargo, algo alteró el ritual. El padre habló.

No dijo gran cosa. Apenas unas palabras. Pero fueron suficientes para que la atmósfera familiar, cuidadosamente compuesta de silencios y evasiones, se quebrara como cristal fino bajo demasiada presión.

—¿Sigues escribiendo, Dani? —preguntó, sin apartar la mirada del ventanal, la voz áspera por el tabaco y el desuso.

Daniela estaba sentada en la mesa del comedor, corrigiendo un trabajo para su clase de literatura comparada. Levantó la cabeza, con una mezcla de sorpresa y recelo, como si la hubieran llamado por un nombre que ya no reconocía como propio.

—Sí —respondió secamente, con la cautela de quien responde a un desconocido.

Él asintió despacio, un movimiento casi imperceptible. Dio una calada particularmente larga al cigarrillo, reteniendo el humo en sus pulmones como si quisiera fusionarse con él.

—Tu abuela también soñaba cosas —dijo finalmente, con una neutralidad estudiada, como si hablara del clima o de cualquier otro tema intrascendente—. Cosas que luego pasaban.

El corazón de Daniela dio un vuelco violento. Una corriente eléctrica pareció recorrerle la columna vertebral. Dejó el bolígrafo sobre la mesa con dedos súbitamente entumecidos.

—¿Cómo... cómo qué cosas? —logró articular, intentando que su voz no traicionara la tormenta que acababa de desatarse en su interior.

Francisco no respondió de inmediato. Seguía mirando hacia el ventanal, pero su mirada había cambiado sutilmente. Ya no parecía ver los árboles del jardín ni el cielo plomizo de aquel domingo. Parecía contemplar algo mucho más lejano en el tiempo. Algo que, al recordarlo, aún tenía el poder de quebrarle la voz.

—Mi madre soñó con la muerte de mi hermano... —dijo al fin, cada palabra pronunciada como si le costara un esfuerzo físico— la noche antes del accidente. Describió todo con una precisión enfermiza. La hora exacta, la

curva cerrada donde el coche se saldría, la lluvia que empañaría los cristales. Nadie le creyó. Ni siquiera él, que se rio en su cara cuando ella le rogó que no condujera ese día.

Daniela sintió un escalofrío glacial recorrerle la espalda, como si una mano helada hubiera rozado su nuca. Su padre apagó el cigarrillo con una violencia contenida, aplastándolo contra el cenicero como si en ese acto pudiera también extinguir el recuerdo que lo atormentaba.

—No hables de esto con tu madre —añadió con una súbita dureza—. Para ella todo lo que escapa a su entendimiento limitado viene directamente del demonio. No quiero que te atormente más de lo que ya lo hace.

Y así, sin más, se levantó pesadamente. Volvió a ser la sombra silenciosa que se arrastraba hacia el dormitorio, llevando consigo su tristeza como un abrigo demasiado pesado, su derrota como una segunda piel, y ese olor inconfundible a tabaco rancio, whisky barato y desesperanza.

Esa noche, por primera vez, Daniela no tuvo que esforzarse por conciliar el sueño. Este la arrastró con una fuerza inusitada, como si hubiera estado esperando ese preciso momento, esa precisa revelación.

Soñó con un campo infinito cubierto de espejos rotos, fragmentos de todos los tamaños que capturaban y reflejaban una luz mortecina que no parecía provenir de ninguna fuente visible. En cada fragmento aparecía el rostro de su padre, pero nunca el mismo: eran versiones distorsionadas, algunas más jóvenes, otras envejecidas prematuramente, todas con distintos grados de sufrimiento grabado en las líneas del rostro. Un caleidoscopio de dolor. Francisco caminaba descalzo sobre los cristales, sin inmutarse ante el crujido bajo sus pies, sin dar muestras de sentir los cortes que le abrían la carne. La sangre que dejaba tras cada paso no era roja sino negra, espesa como petróleo. De pronto alzaba la mirada y sus ojos, por primera vez en años, parecían verdaderamente vivos y conscientes:

"Dani, no escribas más. No veas más. No dejes que te atrape a ti también."

Pero ella no podía cerrar los ojos. No podía dejar de mirar. Como si soñar no fuera una elección sino una deuda heredada, y despertarse no una liberación sino una condena temporal, un mero interludio entre visiones.

Al día siguiente, lo encontró sentado nuevamente frente al ventanal. Pero esta vez había algo distinto. No tenía el cigarrillo perpetuamente encendido entre los dedos amarillentos. No sostenía la taza de café negro. El televisor estaba apagado, un ojo negro y muerto en la pared.

Solo sus ojos, súbitamente lúcidos, estaban clavados en ella cuando entró en la habitación. Como si también él hubiera soñado algo en la noche. Como si hubiera atravesado alguna frontera invisible y hubiera regresado con un conocimiento que lo aterraba.

Y lo peor: como si supiera con certeza que ese sueño compartido... apenas comenzaba a desplegarse.

Capítulo 5

Las señales que nadie ve

Valencia seguía siendo la misma ciudad luminosa y bulliciosa para todos sus habitantes. Las palomas aún se disputaban con obstinada terquedad las migajas en la histórica plaza del Patriarca, los turistas fotografiaban la majestuosa Catedral sin comprender verdaderamente la historia sangrienta que habitaba entre sus piedras centenarias, y los estudiantes de Historia — como Daniela— tomaban apuntes meticulosamente en clases magistrales, sin cuestionar que los hechos terribles del pasado, por atroces que fueran, tenían al menos el consuelo de haber concluido.

Pero para Daniela, algo fundamental en el tejido mismo de la realidad comenzaba a cruji.

Era como si de pronto el mundo estuviera ligeramente desalineado, sus engranajes ya no encajando con la precisión de antes. Objetos que aparecían en sitios donde no los había dejado. Personas en las calles cuyos rostros reconocía con inquietante familiaridad, aunque estaba segura de no haberlas visto jamás... al menos no despierta. Frases idénticas pronunciadas por distintas personas con días de diferencia, como si siguieran un guion invisible. Y sobre todo: miradas. Miradas que se detenían en ella un segundo más de lo socialmente aceptable, que la seguían cuando creía no ser observada. Como si otros también pudieran percibir lo que ella intentaba ocultar tan desesperadamente.

Una mañana particularmente fría de noviembre, al entrar en la Facultad de Filosofía y Letras, Daniela se cruzó con un profesor al que no había visto antes, aunque ya llevaba casi tres meses del semestre. Era un hombre alto y extremadamente delgado, de piel tan pálida que parecía translúcida bajo la luz fluorescente del pasillo. Pero lo que más la perturbó fueron sus ojos: de un gris tan claro que resultaban casi incoloros, como agua sucia estancada, y transmitían una intensidad inquietante, como si pudieran ver a través de las personas. Llevaba un viejo portafolio de cuero desgastado que parecía contener secretos más que documentos académicos, y cuando habló, lo hizo con voz lenta y meticulosamente modulada, como quien pronuncia palabras en un idioma extranjero que ha aprendido a la perfección pero que nunca será el suyo.

—¿Tú eres Daniela Ordóñez? —preguntó sin titubeo, con una seguridad que resultaba desconcertante.

Ella se detuvo en seco, sintiendo que la sangre abandonaba su rostro.

—Sí... ¿nos conocemos? —respondió, intentando que no se notara el temblor en su voz.

Los labios finos del hombre se curvaron en algo que pretendía ser una sonrisa pero que no alcanzó sus ojos impenetrables.

—Todavía no.

Y siguió caminando por el pasillo, sus pasos extrañamente silenciosos sobre el suelo de mármol.

Esa noche, con manos temblorosas, Daniela escribió en su libreta:

"SUEÑO (recurrente, cada vez más nítido): Una puerta blanca sin pomo ni bisagras, en medio de un pasillo interminable. Golpes desesperados desde el otro lado, como si alguien —o algo— intentara salir. Una figura delgada con ojos del color del hielo sucio me dice que soy yo quien debe abrirla. Que 'ya es hora'. Que 'el ciclo debe completarse'. Intento acercarme pero no puedo. Mis manos sangran al tocar la superficie, aunque no hay nada afilado. La sangre forma patrones en la madera blanca, como si escribiera un mensaje en un idioma que no debería existir."

No compartió esta visión con nadie. Ni siquiera con Álvaro, que últimamente la miraba con una mezcla de preocupación y algo más profundo, algo que podría ser miedo.

Pero las señales continuaban acumulándose, como piezas de un rompecabezas siniestro que se formaba a su alrededor sin que pudiera detenerlo. En las noticias locales, una breve nota mencionó un incendio nocturno en un edificio antiguo del centro histórico. Daniela no reconoció el nombre del inmueble —un antiguo palacete reconvertido en apartamentos—, pero la imagen televisiva del edificio ennegrecido por las llamas le provocó un vahído: lo había soñado con exactitud dos noches antes. El humo que se elevaba en columnas retorcidas. Las paredes centenarias que se agrietaban con un lamento casi audible. Una mujer de mediana edad que gritaba desesperada un nombre desde el tercer piso, las llamas enmarcando su figura como un halo macabro.

El nombre que gritaba era "Elisa". El mismo nombre que había aparecido en su libreta la semana anterior, escrito en un margen casi sin pensar, como un automatismo inquietante.

Esa tarde, en un impulso nacido tanto del miedo como de una desesperada necesidad de comprensión, intentó hablar con su madre. La encontró en la pequeña habitación que utilizaba como oratorio personal, un espacio saturado de imágenes religiosas donde el aroma dulzón del incienso resultaba casi sofocante. Con manos temblorosas, le mostró la página de su libreta donde había registrado el sueño del incendio. Le contó lo del extraño profesor. Le habló del nombre de Elisa.

Su madre la escuchó con el rostro cada vez más tenso, las manos aferrándose al rosario con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, como si las cuentas fueran un salvavidas en un mar embravecido.

—Te prohíbo terminantemente que sigas hablando de esas cosas, Daniela —sentenció al fin, su voz un susurro furioso—. Estás abriendo puertas que no comprendes, que ningún mortal debería traspasar. Esas visiones no vienen de Dios, vienen del Adversario. Lo que debes hacer es rezar, confesarte y pedir perdón por tu soberbia.

Daniela sintió formarse en su pecho el mismo nudo opresivo que la acompañaba cada vez que despertaba de uno de sus sueños más oscuros. La diferencia era que ahora estaba completamente despierta, bajo la luz amarillenta del pequeño oratorio de su madre.

Y todo —las velas parpadeantes, los rostros dolientes de los santos, la mirada fanática de su madre— parecía más perturbador que cualquier pesadilla.

Esa misma noche, cuando la casa finalmente se había sumido en ese silencio particular que no es paz sino ausencia, Álvaro tocó suavemente a su puerta. Tenía el rostro pálido y unas ojeras profundas que delataban noches de insomnio. Le habló en voz baja, como quien revela un secreto vergonzoso, como quien se asoma temeroso al borde de un abismo insondable.

—Soñé contigo, Dani —confesó, la voz apenas audible—. Soñé que te caías desde muy alto, como si alguien te hubiera empujado. Gritabas mi nombre, me pedías ayuda. Pero yo no podía moverme, estaba paralizado, como si mis pies estuvieran fundidos con el suelo. Y cuando finalmente... cuando finalmente caías a mi lado, estabas... rígida. Fría. Como una muñeca rota a la que han vaciado por dentro.

Daniela no respondió con palabras. Lo abrazó con una fuerza nacida del terror compartido, sintiendo cómo el cuerpo de su hermano temblaba ligeramente contra el suyo.

Sabía, con una certeza que ninguna lógica podía contradecir, que la marea oscura se acercaba inexorablemente a su orilla.

Y que las señales, esas que solo ella había sabido interpretar durante años, ahora comenzaban a manifestarse también para otros.

La puerta, fuera lo que fuese, estaba cada vez más cerca de abrirse.

Capítulo 6

Álvaro en la encrucijada

Álvaro siempre había sido el hijo fácil. El que no se metía en problemas innecesarios, el que nunca cuestionaba demasiado las normas familiares, el que usaba el humor como escudo contra la disfunción que impregnaba su hogar y la música como excusa para no estar presente cuando la tensión se volvía insoportable. En aquella casa de silencios dolorosos y gritos contenidos, había aprendido a ser casi invisible: una presencia tolerada por la madre, que lo consideraba "menos susceptible a las tentaciones" que su hermana; ignorada sistemáticamente por el padre, para quien todos los afectos parecían haberse secado hace tiempo; y hasta entonces, apenas una sombra cómplice para Daniela, un testigo silencioso de su sufrimiento.

Pero todo cambió con aquel sueño.

Lo que más lo perturbó no fue la imagen de su hermana precipitándose al vacío. No fue el grito desgarrador que parecía rasgar el tejido mismo del sueño. Fue su propia e inexplicable parálisis. La completa imposibilidad de moverse, de extender los brazos, de hacer algo —cualquier cosa— para alterar el curso de los acontecimientos. Ese detalle se le quedó clavado como una astilla bajo la piel: su absoluta impotencia frente al sufrimiento de Daniela. Como si el sueño hubiera puesto en imágenes algo que llevaba años sintiendo sin reconocerlo: que era testigo de un naufragio y no sabía nadar.

Desde entonces, Álvaro comenzó a mirar su entorno con nuevos ojos. Ya no se burlaba de los silencios prolongados de Daniela ni hacía chistes tontos para aliviar la tensión cuando ella se quedaba absorta en sus pensamientos. Ahora la observaba con atención clínica, casi obsesiva. Notaba detalles que antes pasaban desapercibidos: la palidez cerúlea que iba conquistando gradualmente su rostro; los sobresaltos involuntarios cuando alguien se le acercaba por detrás en clase; el temblor casi imperceptible de sus dedos cada vez que abría la misteriosa libreta azul donde registraba sus visiones. Y sobre todo, percibía ahora con claridad meridiana lo que siempre había estado ahí: el miedo. Un miedo constante, real, casi tangible, como una presencia física que la acompañaba a todas partes, un aroma acre que impregnaba su ropa, su cabello, sus palabras.

—Dani —le dijo una noche particularmente fría, mientras compartían un cigarrillo a escondidas en el pequeño balcón de la azotea, único lugar donde podían hablar sin el temor de ser interrumpidos—. No me lo cuentes todo si no quieres. No te pido eso. Pero no me dejes fuera completamente.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y cautela, como si evaluara el verdadero significado tras sus palabras.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—Porque ya estoy dentro, ¿no lo ves? —respondió él, con una intensidad inusual, pasándose la mano por el pelo con gesto nervioso—. Te soñé. Vi lo que tú ves. Y.... creo que algo me está llamando también. Algo que primero te encontró a ti.

Daniela guardó silencio por un largo momento, contemplando la ciudad que se extendía bajo ellos, sus luces formando constelaciones artificiales en la noche valenciana. Nadie, nunca, le había hecho semejante ofrecimiento. Ni siquiera su padre, con aquella vaga confesión sobre la abuela que no llegó a ninguna parte. Pero en Álvaro había algo distinto ahora. No solo creía en lo que ella experimentaba: había comenzado a compartir su pesadilla.

Con movimientos lentos, cautelosos, como quien destapa una herida que ha mantenido oculta demasiado tiempo, Daniela sacó la libreta de su bolsillo y la abrió. Comenzó a compartir con él fragmentos cuidadosamente seleccionados de sus notas. Le habló de la secuencia de sueños premonitorios que sistemáticamente precedían a tragedias reales. Le mostró las entradas donde había registrado, con detalle forense, más de

treinta episodios oníricos que luego se materializaron: un accidente de coche en la rotonda de Alfafar donde murió una familia completa; el suicidio inexplicable de un profesor de matemáticas en la biblioteca universitaria; un niño de cinco años desaparecido junto al cauce del río Turia cuyo cuerpo fue encontrado tres días después.

Álvaro leyó cada página en un silencio denso, sus ojos abriéndose cada vez más a medida que comprendía la magnitud de lo que su hermana llevaba años experimentando en soledad. Cuando finalmente levantó la mirada, su rostro había adquirido una gravedad impropia de sus diecinueve años.

—Esto es una maldición, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, como si la pregunta misma le arañara la garganta.

—No lo sé con certeza —respondió Daniela, frotándose los brazos para combatir un frío que no era enteramente climático—. A veces creo que sí, que es una especie de castigo por algo que ni siquiera comprendo. Otras veces pienso que es más bien una advertencia. Como si algo o alguien me obligara a mirar lo que el resto del mundo prefiere ignorar.

—Pero si puedes verlo con anticipación... ¿no podrías evitarlo? —insistió Álvaro, aferrándose desesperadamente a la posibilidad de acción, de control sobre lo incontrolable.

Daniela negó lentamente con la cabeza, una sonrisa triste dibujándose en sus labios.

—Lo he intentado. Créeme que lo he intentado de mil maneras. Pero los sueños igual se cumplen. Siempre. Como si fueran grabaciones de algo que ya ha sucedido en algún otro plano de existencia. Y después... —se detuvo, como si temiera pronunciar las palabras siguientes— después siempre viene algo peor.

Ese "algo peor" quedó flotando entre ellos como una amenaza palpable que congeló la conversación.

Porque Álvaro también lo había sentido en sus huesos. Esa certeza de que lo que habían experimentado hasta ahora era apenas el preludio de algo mucho más vasto y aterrador.

Esa misma noche, el sueño lo atrapó nuevamente apenas cerró los ojos. Esta vez, Daniela estaba en una habitación sin ventanas ni puntos de referencia, su cuerpo parcialmente visible en una penumbra rojiza que no parecía provenir de ninguna fuente de luz identificable. Estaba encadenada al suelo con ataduras que parecían hechas de sombras solidificadas, sus labios moviéndose sin cesar, murmurando palabras en un idioma que Álvaro jamás había escuchado pero que, de algún modo perturbador, creía comprender parcialmente. Alrededor de ella, figuras borrosas, apenas más densas que el aire, golpeaban rítmicamente las paredes como si intentaran entrar... o quizás salir. Una de ellas —la más alta, la que parecía dirigir aquella macabra orquesta de sombras— giró lentamente lo que debería haber sido su rostro hacia donde Álvaro observaba la escena. Sus ojos, dos

pozos de un gris imposiblemente claro, miraron directamente a través del sueño.

Y sonrieron.

Álvaro despertó empapado en sudor frío, con una certeza grabada a fuego en su mente: el nuevo profesor, aquel hombre de aspecto cadavérico y ojos como agua estancada, no era simplemente un académico excéntrico. Estaba inextricablemente vinculado a todo lo que ocurría. Era una pieza fundamental del rompecabezas macabro que se estaba formando alrededor de su hermana.

Lo que todavía no podía discernir era cuál era exactamente su papel en aquella trama. ¿Era el arquitecto de la pesadilla? ¿Un mero instrumento de fuerzas más antiguas? ¿Un guía? ¿Un verdugo?

Pero supo, con una convicción que nacía de lo más primitivo de su ser, que él también había sido marcado. Que ya no era un mero espectador. Que había sido colocado en medio de un tablero cuyas reglas desconocía, en una partida que había comenzado mucho antes de su nacimiento.

Estaba en la encrucijada. Y cada camino posible parecía conducir a la oscuridad.

Capítulo 7

La puerta que no debía abrirse

El sueño regresó, pero esta vez fue diferente.

Daniela lo experimentó en tercera persona, como si observara una película donde ella era la protagonista sin poder controlar sus acciones. La Daniela del sueño avanzaba por un corredor sumido en penumbras, rodeada de paredes de yeso agrietado que parecían respirar con cada paso que daba. Sus dedos rozaban la textura áspera mientras el aire se tornaba cada vez más denso, casi irrespirable. Y al final, como siempre, aguardaba la puerta blanca.

Una puerta sin pomo. Sin cerradura. Sin bisagras visibles.

Solo una superficie inmaculada que contrastaba con la decadencia del pasillo, palpitando sutilmente como un corazón ajeno al tiempo. Y esta vez, algo cambió. No fueron golpes. No fueron gritos. Fue una voz.

—Ya sabes quién soy —dijo, con una familiaridad que le heló la sangre.

Daniela despertó violentamente, empapada en sudor frío que se deslizaba por su espalda como dedos helados. Las sábanas se habían convertido en una prisión y sus uñas habían dejado medias lunas sangrantes en las palmas de sus manos. Con dedos temblorosos, tomó la libreta de la mesita de noche y anotó los fragmentos que podía recordar antes de que se diluyeran en la conciencia.

Pero había algo distinto esta vez. No era solo un sueño que se desvanecía al despertar. Era una presencia que persistía, como un perfume invisible

que impregnaba el aire a su alrededor. Como si el sueño hubiera encontrado una grieta por donde filtrarse a la realidad.

Tres días después, la fisura se hizo visible.

Caminaba distraída por uno de los corredores del edificio de Historia cuando la vio. Una puerta que no debería estar allí. Blanca. Inmaculada. Absurdamente nueva en contraste con los muros centenarios de la facultad. No tenía manija.

El tiempo pareció detenerse. A su alrededor, los estudiantes continuaban su rutina, riendo, hablando, ajenos a la anomalía que le cortaba la respiración. Sus miradas atravesaban el espacio donde estaba la puerta como si fuera invisible para todos excepto para ella.

Pero Daniela la vio.

Y supo, con una certeza que le perforó las entrañas, que era la misma puerta del sueño.

Esa noche, con la voz quebrándose en susurros, le contó a Álvaro. Lo arrastró hasta el pasillo donde la había visto, sujetando su mano con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Pero la puerta ya no estaba.

—¿Segura que era aquí? —preguntó él, escudriñando la pared amarillenta.

—Completamente segura —respondió ella con la boca seca—. La conté... segunda a la derecha después de la estatua de Pujades.

Álvaro frunció el ceño, mirándola con una mezcla de preocupación y confusión.

—Aquí no hay ninguna estatua, Dani.

Daniela miró alrededor, sintiendo que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. La estatua de bronce que había estado allí durante décadas, testigo silencioso de generaciones de estudiantes, había desaparecido.

O nunca había existido.

Regresaron al cuarto envueltos en un silencio espeso. Esa noche, el insomnio los mantuvo a ambos con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando los sonidos nocturnos como quien espera la llegada de algo inevitable.

A la mañana siguiente, la puerta reapareció. Esta vez frente al aula 6, donde Daniela tenía su primera clase. La sintió antes de verla: un zumbido casi imperceptible que hacía vibrar el aire, como la electricidad estática antes de una tormenta. Y aquel olor... a tierra recién excavada, a metal corroído por el tiempo, a secretos largamente guardados en espacios sin luz.

Esta vez, el impulso fue más fuerte que el miedo.

Se acercó lentamente, como atraída por un imán invisible. Extendió la mano y sus dedos rozaron la superficie. No era fría como esperaba, sino tibia, casi febril. Y entonces lo sintió: algo desde el otro lado respondió a su

tacto. No como una presión física, sino como una conciencia que súbitamente se percataba de ella.

No empujó la puerta. No intentó abrirla.

Solo permaneció allí, inmóvil, mientras su corazón latía tan fuerte que le dolía el pecho. Y entonces, una voz —tan tenue que podría haberla confundido con sus propios pensamientos— le susurró:

—Ya estás dentro.

Tres palabras que alteraron el tejido mismo de su realidad.

A partir de ese día, el mundo comenzó a descomponerse sutilmente a su alrededor. Las sombras adquirieron densidad y movimiento propio, deslizándose por las esquinas cuando nadie las miraba. Las personas a su alrededor empezaron a comportarse de manera errática: profesores que repetían exactamente las mismas frases que habían dicho el día anterior, compañeros que quedaban suspendidos por segundos, como si alguien hubiera pausado el tiempo, rostros familiares que de pronto parecían máscaras mal ajustadas.

Como si algo estuviera corrompiendo la realidad. Como si algo hubiera comenzado a reescribir el mundo. Desde adentro. Desde detrás de la puerta.

Capítulo 8

La desgracia toca a la puerta del padre

A veces, el infierno no llega con trompetas ni anuncios. A veces llega arrastrando los pies y oliendo a whisky barato.

Esa noche, cuando el padre de Daniela regresó a casa, algo había cambiado en él. No era la habitual borrachera ruidosa que llenaba los pasillos con maldiciones y canciones desafinadas. Era un silencio denso, espeso, que se adhería a sus movimientos como una segunda piel. Sus pasos pesados resonaban en el pasillo con un ritmo irregular, como si cada uno requiriera una decisión consciente.

Desde su habitación, Daniela escuchó cómo se detenía frente a su puerta. No hubo golpes, ni gritos, ni el usual monólogo incoherente. Solo silencio. Y respiración. Una respiración áspera y trabajosa que parecía provenir no solo de sus pulmones, sino de algún lugar más profundo y oscuro.

Contuvo el aliento. Había algo en aquella quietud que la aterraba más que cualquier arranque violento. Sentía, más que sabía, que lo que estaba al otro lado de la puerta ya no era completamente su padre. Algo más habitaba ahora en aquella cáscara familiar, algo que había traído consigo desde las profundidades de la noche.

Y entonces, cuando el silencio se hizo insoportable, escuchó un susurro. Una voz que conocía desde siempre pero que sonaba irremediabilmente alterada, como un instrumento desafinado:

—Dani... ¿tú también lo ves?

La pregunta atravesó la madera y se clavó en ella como una astilla helada. No era la pregunta en sí, sino el tono. Su padre —ese hombre cuya voz se había vuelto áspera por el alcohol y amarga por las decepciones— hablaba ahora con la fragilidad atemorizada de un niño perdido en la oscuridad.

Daniela no respondió. No podía. El miedo había solidificado su garganta.

Al día siguiente, su padre no se levantó para ir al trabajo.

Lo encontraron en el sillón de la sala, con el cuerpo rígido y la mirada fija en la pantalla de la televisión que emitía únicamente estática. El control remoto había dejado una marca en su palma de tanto apretarlo. Su madre, con el rostro contraído en una mueca de horror y el rosario entrelazado entre sus dedos temblorosos, creyó que había muerto.

—Dios mío, Dios mío —murmuraba mientras las cuentas del rosario se deslizaban entre sus dedos con un chasquido rítmico—. Ha muerto, ha muerto...

Pero no. Su pecho aún subía y bajaba con una respiración superficial. Sus pupilas, sin embargo, estaban tan dilatadas que sus ojos parecían dos pozos negros, vacíos de toda expresión humana.

—¡Está endemoniado! —gritó su madre cuando lo comprobó, retrocediendo con el terror dibujado en cada línea de su rostro—. ¡Algo maligno se ha metido en él!

Daniela observaba la escena petrificada, reconociendo en el fondo de su alma una terrible verdad: no era el demonio. Era otra cosa. Una sombra que había cruzado un umbral prohibido. Una oscuridad que, quizás, ella misma había invitado al abrir puertas que debían permanecer cerradas.

Álvaro, manteniendo una calma que contradecía el temblor de sus manos, llamó a emergencias. Pero antes de que la ambulancia llegara, el padre de Daniela despertó de su estupor. Sus ojos parpadearon, enfocándose lentamente en las caras que lo rodeaban. Sus labios se movieron, formando palabras que al principio fueron solo un murmullo ininteligible. Todos se inclinaron para escuchar, y lo que dijo heló la sangre en sus venas:

—Estuve detrás de la puerta.

Cuatro palabras que cayeron en la habitación como piedras en un estanque, creando ondas de terror que se expandieron hasta tocar a cada uno de los presentes.

—¿Qué puerta, papá? —preguntó Daniela, la voz apenas un hilo trémulo.

Pero él ya no respondía a preguntas. Solo repetía, con una cadencia obsesiva que pronto se convirtió en una letanía:

—Estuve detrás de la puerta. Estuve detrás de la puerta...

Y sus ojos... sus ojos ya no eran del mismo color. El marrón profundo que Daniela había heredado ahora estaba veteado con filamentos grisáceos, como si algo hubiera comenzado a decolorarlos desde dentro.

Desde ese día, su padre cambió. Ya no bebía. Ya no gritaba. Apenas comía. Pasaba horas sentado, con la mirada perdida en un punto indefinido. Y dibujaba. Con una compulsión frenética, llenaba cualquier superficie disponible —servilletas, periódicos, las facturas sin pagar, incluso las paredes— con el mismo dibujo repetido hasta la obsesión: una figura humanoide, alargada hasta la distorsión, sin rasgos faciales, con extremidades que se ramificaban como ramas secas... y siempre, siempre, detrás de aquella silueta, una puerta blanca.

Daniela supo entonces que ya no había espacio para la duda. Ya no podía refugiarse en explicaciones racionales ni en la reconfortante incredulidad. Lo que había comenzado como un sueño inquietante había cobrado forma tangible en el mundo real. Se había materializado. Había tocado a los que amaba.

Y amenazaba con devorarlos a todos.

Esa noche, con manos que no dejaban de temblar, Daniela abrió su libreta gastada. En la última página, con una caligrafía deformada por el miedo, escribió:

"El peligro no es soñar. El peligro es que lo soñado empiece a responder."

Cerró la libreta y la presionó contra su pecho, como un talismán contra la oscuridad. Y en ese momento, como respondiendo a un llamado silencioso, la puerta volvió a aparecer al otro lado de su habitación. Donde antes había una pared, ahora se erigía aquella presencia imposible.

Más blanca que antes. Más grande. Más cerca. Y esta vez, casi imperceptiblemente, entreabierta.

Capítulo 9

La otra Daniela

La noche que Daniela vio a la otra Daniela, los cimientos de la realidad se resquebrajaron bajo sus pies.

Fue un sueño, o al menos así comenzó. Pero esta vez la línea que separaba lo onírico de lo real era tan fina, tan porosa, que Daniela sintió cómo se disolvía con cada respiración. Ya no sabía dónde terminaba el sueño y dónde comenzaba la pesadilla que llamaba vida.

La otra Daniela era un reflejo perfecto. La misma altura, el mismo peso, idéntica textura de cabello que caía en ondas oscuras sobre hombros de igual complexión. Los mismos labios ligeramente asimétricos, la misma curva sutil de la nariz, las mismas pecas casi invisibles bajo los ojos. Era una copia exacta, una réplica molecular tan perfecta que resultaba obscena.

Pero había algo profundamente erróneo en ella.

Quizás eran los ojos. Aunque del mismo color miel con motas verdosas que Daniela veía cada mañana en el espejo, los de la otra Daniela estaban

vacíos. No reflejaban luz. Eran como ventanas abiertas a un espacio donde nada existía, ni siquiera la oscuridad.

O tal vez era la sonrisa. Una sonrisa demasiado amplia, demasiado rígida, como si los músculos faciales estuvieran siendo manipulados por alguien que solo había visto sonreír a los humanos pero nunca lo había experimentado. Los labios se curvaban en los lugares correctos, pero había algo mecánico en el gesto, algo calculado.

Y sus manos... Sus manos no eran del todo sólidas. Mientras se movían —y se movían constantemente, con una gracia hipnótica y antinatural— parecían deshacerse momentáneamente en la penumbra, como si fueran más sombra que carne. Como si todavía no hubieran decidido del todo a qué forma de existencia pertenecer.

En el sueño, Daniela recorría su propia casa, pero el espacio se comportaba de manera extraña. Los pasillos se estiraban ante ella, las habitaciones cambiaban de tamaño y ubicación, las paredes parecían respirar sutilmente. Todo se sentía familiar y ajeno al mismo tiempo, como si estuviera visitando una versión distorsionada de su hogar, un reflejo en aguas turbias.

La otra Daniela la observaba desde el umbral de una habitación sumida en sombras. La puerta que debía ser la de su dormitorio ahora estaba abierta de par en par, revelando un vacío más negro que la noche, un espacio que parecía devorar toda luz. Y allí, recortada contra aquella oscuridad absoluta, su doble la miraba con una mezcla de curiosidad clínica y hambre primitiva.

—Ven, te estoy esperando —dijo la otra Daniela.

Su voz era como oír un eco distorsionado de la propia, como si alguien hubiera grabado a Daniela hablando y luego hubiera alterado la grabación, haciendo cada sílaba más profunda, más hueca, más carente de los matices que hacen humana una voz.

Daniela quiso gritar, pero su garganta se cerró. Quiso correr, pero sus piernas parecían ancladas al suelo. El terror la paralizaba, convertía sus músculos en piedra.

La otra Daniela dio un paso hacia ella, y fue entonces cuando lo notó: las sombras detrás de su doble se movían de forma independiente, retorciéndose como criaturas vivas, como apéndices de alguna entidad mayor que utilizaba aquella copia de Daniela como una máscara, como un disfraz.

De pronto, el pasillo comenzó a deformarse. Las paredes se estiraron, el techo se elevó hasta perderse en una oscuridad insondable, y la distancia entre ambas se hizo infinita. La puerta de la habitación se cerró con un estruendo que reverberó como un trueno en aquel espacio imposible.

La otra Daniela, sin embargo, de alguna manera seguía cerca. Tan cerca que Daniela podía sentir su aliento sobre el rostro, frío como la niebla de invierno.

—Lo sabes, ¿verdad? —susurró con esa voz que era y no era la suya—. Tú nunca fuiste la original. Yo lo fui, y tú... solo eres una réplica. Un eco. Una sombra proyectada por mi luz.

Daniela despertó con un grito ahogado, tan empapada en sudor que las sábanas se le adherían a la piel como una segunda epidermis. Durante unos instantes que se sintieron eternos, no pudo recordar quién era, dónde estaba, o si lo que acababa de vivir había sido realmente un sueño. La realidad parecía estar desmoronándose, fragmentándose en pedazos que ya no encajaban entre sí.

Con el corazón golpeando dolorosamente contra sus costillas, se levantó de la cama y se dirigió al baño. Sus piernas temblaban tanto que tuvo que apoyarse en la pared para no caer. El frío de las baldosas bajo sus pies descalzos la ancló momentáneamente a lo real, pero esa sensación de seguridad se evaporó en cuanto encendió la luz y se miró al espejo.

El reflejo que le devolvió la mirada no era exactamente el suyo. Era ella, sin duda —sus rasgos, su cabello revuelto por el sueño inquieto, la marca de nacimiento en forma de media luna en su cuello— pero había algo... desplazado. Como si algún artista hubiera dibujado su retrato con una mínima inexactitud deliberada, un error apenas perceptible pero profundamente perturbador.

Y los ojos, esos que habían sido suyos toda la vida, ahora la miraban con una expresión que no reconocía. Una expresión vacía, como si detrás de ellos ya no hubiera nada. Como si alguien —o algo— hubiera vaciado su interior y ahora estuviera mirando el mundo a través de sus órbitas.

¿Era realmente ella? ¿O ya se había convertido en aquella otra versión, la que el mal había creado? ¿Era posible que ni siquiera lo supiera, que el cambio hubiera sido tan sutil que su propia mente no hubiera registrado el momento exacto en que dejó de ser ella misma?

El pánico la inundó como una marea tóxica. Salió corriendo del baño, del cuarto, buscando a Álvaro. Necesitaba que alguien la mirara y la reconociera, que le confirmara que seguía siendo Daniela. Pero su habitación estaba vacía. La cama perfectamente hecha, sin señales de haber sido ocupada en toda la noche.

Ya no sabía si las horas pasaban demasiado rápido o si su percepción del tiempo se había distorsionado junto con todo lo demás. Ya no sabía si era de día o de noche, si habían pasado minutos u horas desde que despertó. El reloj de la mesilla marcaba las 3:33, pero no podía estar segura de si funcionaba correctamente o si también formaba parte de esta creciente anomalía.

Cuando llegó a la cocina, su madre la miró fijamente desde la mesa. No dijo nada. Solo la observó con una intensidad perturbadora, como si intentara determinar exactamente quién —o qué— estaba parada frente a ella. Daniela sintió que algo en esa mirada la diseccionaba, la estudiaba desde un lugar frío y analítico que nunca antes había detectado en su madre.

Incapaz de soportar ese escrutinio silencioso, Daniela salió corriendo de la casa. La calle estaba desierta, sumida en una niebla grisácea que difuminaba los contornos de los edificios y las farolas, dándole al mundo un aspecto onírico y difuso.

Corrió sin rumbo, con los pies descalzos golpeando el asfalto húmedo, el camisón de dormir pegándose a su cuerpo por el sudor y la bruma. No sabía hacia dónde iba, solo sabía que tenía que alejarse. De la casa. Del espejo. De la mirada de su madre. De la ausencia de Álvaro.

Pero con cada paso, crecía en ella la certeza aplastante de que no estaba sola. La otra Daniela la seguía. No podía verla, pero la sentía. Un cosquilleo en la nuca, una presencia a sus espaldas, una respiración perfectamente sincronizada con la suya, tan cerca que casi podía sentir cómo le erizaba el vello de la nuca.

—¡Dani! —La voz de Álvaro cortó la niebla como un relámpago.

Daniela se detuvo en seco. Allí estaba él, en el umbral de una puerta que no debería existir en medio de la calle, una puerta blanca, sin pomo, una puerta que conocía demasiado bien.

—¡Vuelve! —gritó él, con una expresión de terror puro que nunca antes había visto en su rostro—. ¡Todavía estás a tiempo!

Pero ella no volvió. No podía. Sabía que la otra Daniela estaba esperando, sabía que cada paso que daba la acercaba más a ese encuentro inevitable, a esa confrontación con la versión de sí misma que nunca debió existir. Y, sin embargo, siguió avanzando, como si sus pies ya no le pertenecieran, como si su destino hubiera sido decidido mucho antes de que ella siquiera supiera que había una elección.

Esa noche, cuando finalmente regresó a casa —aunque ya no estaba segura de que aquel lugar siguiera siendo su hogar—, encontró la puerta del pasillo abierta. No la puerta de entrada, ni la de su habitación, sino aquella que no debería estar allí. La puerta blanca. La puerta sin pomo. La puerta que latía como un corazón enfermo.

Y en el fondo, en la penumbra de lo que alguna vez fue su habitación, vio a la figura que la aguardaba. La otra Daniela, con su sonrisa torcida y sus ojos vacíos, le tendía una mano que no era del todo sólida.

Una mano que venía a reclamarla. Una mano que venía a reemplazarla.

La diferencia entre ambas, ahora, era clara: solo una de ellas era real. Y Daniela ya no estaba segura de ser ella.

Capítulo 10

La puerta ya no está

Daniela despertó lentamente, como si regresara de un lugar muy profundo. La luz grisácea del amanecer se filtraba por las cortinas, bañando la habitación en tonos apagados que no terminaban de definir las formas. Por un momento, permaneció inmóvil, concentrándose en su respiración y en el latido de su corazón, intentando anclarse a algo tangible, algo real.

Pero incluso eso se sentía ajeno.

Había algo distinto esa mañana, una sensación sutil pero innegable de desplazamiento. Como si durante la noche alguien hubiera movido ligeramente todos los muebles de la habitación —apenas unos centímetros, lo suficiente para que nada encajara como antes— o como si su propio cuerpo fuera un traje mal ajustado que ya no le pertenecía del todo. Extendió los dedos frente a su rostro y los observó con detenimiento. Eran sus manos, reconocía cada línea, cada pequeña cicatriz, y sin embargo, había algo en ellos que le resultaba extraño, como si los estuviera viendo por primera vez.

Se incorporó con lentitud y sus pies descalzos tocaron el frío suelo de madera. El contraste de temperaturas le provocó un escalofrío que recorrió su columna vertebral, pero agradeció esa pequeña incomodidad que la devolvía momentáneamente a la realidad. Caminó hacia el baño con pasos inseguros, como un convaleciente tras una larga enfermedad.

Cuando encendió la luz y se enfrentó al espejo, lo que vio la dejó paralizada.

Su reflejo estaba allí, pero distorsionado. No era una distorsión física o visible —sus rasgos seguían siendo los mismos— sino algo más profundo, más perturbador. Era como si la imagen fluctuara sutilmente, como el aire caliente sobre el asfalto en verano, ondulando los contornos de su rostro. Y sus ojos... sus ojos parecían mirar desde una distancia infinita, como si quien la observara desde el otro lado del cristal estuviera muy lejos o muy dentro.

Al principio, atribuyó esa extrañeza a la fatiga acumulada, a las noches de insomnio y pesadillas. Pero entonces notó algo más: no era solo su reflejo lo que parecía inestable. El espejo mismo se comportaba de manera errática, como si su superficie fuera líquida en lugar de sólida, ondulando imperceptiblemente bajo una brisa inexistente.

Dio un paso atrás, sobresaltada, y su espalda chocó contra algo frío. Se giró bruscamente, esperando encontrar la pared, pero el espacio detrás de ella estaba despejado. El miedo comenzó a crecer en su pecho como una semilla oscura.

Salió del baño con precipitación y se dirigió al pasillo, el corazón martilleándole en el pecho con tal fuerza que casi le impedía respirar. Durante las últimas semanas, ese pasillo había sido el epicentro de su

pesadilla. Allí era donde la puerta blanca aparecía y desaparecía, jugando con ella, burlándose de su cordura, llamándola con una voz silenciosa pero insistente.

Pero esta mañana, la puerta no estaba.

El pasillo se extendía ante ella, inmaculado y vacío. Las paredes desnudas, con su pintura desconchada en algunas esquinas, no mostraban ninguna anomalía. Ninguna grieta por donde pudiera filtrarse lo imposible. Ninguna puerta que no debería estar allí.

Su primera reacción fue de alivio. Quizás todo había terminado. Quizás los sueños, las visiones, las apariciones... todo había sido producto de su imaginación febril, de su mente exhausta.

Pero ese alivio duró apenas un instante. Porque a medida que recorría el pasillo con la mirada, una inquietud más profunda se asentaba en su estómago. La ausencia de la puerta no se sentía como una liberación.

Se sentía como una derrota.

Con el pulso acelerado, Daniela se dirigió a la habitación de su madre. Necesitaba hablar con alguien, necesitaba que alguien la ayudara a recuperar el control sobre su percepción de la realidad, que cada día se volvía más frágil, más porosa. Necesitaba una explicación, o al menos una palabra de consuelo que detuviera la caída en la que sentía que estaba inmersa.

—Mamá, ¿has visto...? —comenzó a preguntar mientras abría la puerta, pero las palabras murieron en su garganta al contemplar la escena.

Su madre estaba sentada en la vieja mecedora junto a la ventana. La luz mortecina del día le confería un aspecto espectral, casi translúcido. Las cuentas del rosario se deslizaban mecánicamente entre sus dedos amarillentos, pero sus labios no se movían en oración. Sus ojos, fijos en algo más allá del cristal, tenían una cualidad vidriosa y ausente, como si no estuvieran viendo el patio trasero con sus arbustos marchitos y su cerca oxidada, sino algo más distante y terrible.

—La puerta ya no está —dijo su madre sin apartar la mirada de la ventana, con una voz que parecía provenir de un pozo profundo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Daniela, erizándole el vello de la nuca. No era tanto lo que había dicho su madre, sino cómo lo había dicho. Como si estuviera recitando palabras que no eran suyas, como si fuera un instrumento a través del cual hablaba otra entidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, con la voz quebrada por el miedo.

Su madre giró lentamente la cabeza hacia ella. Sus ojos, hundidos en cuencas oscurecidas por la falta de sueño, la miraron sin verla realmente. Una sonrisa extraña, casi una mueca, se dibujó en su rostro macilento.

—Lo sabes. La puerta ya no está. Tú la trajiste, pero ya no tiene sentido que esté aquí. Ella te llevó a un lugar sin retorno.

El horror se fue extendiendo por el cuerpo de Daniela como un veneno lento, paralizándola. Notó cómo se le cerraba la garganta, cómo el aire se volvía espeso y difícil de respirar.

—Mamá, no entiendo... —logró articular, aunque en el fondo sabía exactamente a qué se refería. Una parte de ella siempre lo había sabido.

Su madre se levantó con una lentitud antinatural, como si cada movimiento requiriera un esfuerzo extraordinario. Dejó caer el rosario, que se deslizó silenciosamente hasta el suelo. Las cuentas de madera rodaron en todas direcciones, perdiéndose bajo la cama, en rincones oscuros donde la luz no llegaba.

Con pasos rígidos, la mujer se dirigió al pasillo. Daniela la siguió, incapaz de hacer otra cosa. En el sitio exacto donde la puerta blanca había estado apareciendo durante las últimas semanas, su madre se detuvo. Extendió una mano hacia la pared desnuda, sin tocarla, como si pudiera sentir algo invisible para los demás.

—La puerta está en otro lugar ahora. En otro lugar que tú no puedes alcanzar.

Las palabras cayeron en el pasillo como piedras en un estanque oscuro, creando ondas de terror que se expandieron hasta tocar cada rincón de la conciencia de Daniela. Con el sudor frío empapándole la frente y el pulso martilleándole en los oídos, corrió hasta donde estaba su madre.

La pared estaba intacta. Lisa e indiferente. No había señales de que alguna vez hubiera habido allí otra cosa que no fuera yeso y pintura desconchada. Pasó los dedos por la superficie, buscando alguna irregularidad, algún indicio de que la puerta había estado allí y se había trasladado a otro sitio. Pero no encontró nada.

El vacío de esa ausencia la envolvió como una manta helada. Durante un instante, una parte de ella se aferró a la esperanza de que todo hubiera sido una alucinación, un mal sueño del que por fin estaba despertando. Pero una sensación visceral, una certeza que iba más allá de lo racional, le decía que no era así.

La puerta no había desaparecido porque nunca hubiera existido. La puerta se había ido porque ya no la necesitaba.

Porque el mal había encontrado otra forma de entrar.

Esa noche, tumbada en la cama con los ojos abiertos en la oscuridad, Daniela recordó un detalle que había pasado por alto. En todos sus sueños anteriores, la puerta blanca siempre estaba cerrada sin una cerradura visible, como si estuviera sellada por fuerzas más allá de su comprensión. Como si algo o alguien hubiera decidido que debía permanecer así, infranqueable, para proteger a quienes estaban de este lado.

Finalmente, el agotamiento la venció y se sumergió en un sueño inquieto. Y allí estaba otra vez. La puerta. Pero ya no era blanca.

Era negra.

Negra como un vacío sin estrellas, como un abismo que devoraba toda luz. Y ahora, a diferencia de antes, cuando Daniela intentó acercarse, algo en su interior comenzó a gritar. Una voz ancestral, primitiva, que resonaba no en sus oídos sino en la médula misma de sus huesos, advirtiéndole que retrocediera, que huyera mientras pudiera.

Pero no lo hizo.

Con manos que temblaban no solo de miedo sino de una extraña anticipación, empujó la puerta. La superficie cedió sin resistencia, como si hubiera estado esperando ese momento desde el principio de los tiempos.

Lo que encontró al otro lado no era una habitación ni un pasillo. Era la nada misma. Un vacío absoluto que se extendía infinitamente en todas direcciones, tan vasto y antiguo que la mente humana no estaba diseñada para comprenderlo. Era la ausencia de todo lo que debería haber: luz, sonido, materia. Y sin embargo, no estaba vacío.

En el centro de esa inmensidad oscura, suspendida como una araña en su tela invisible, estaba ella. La otra Daniela. Su rostro, idéntico al de la original en cada detalle excepto por esa sonrisa inhumana que le deformaba las facciones, parecía brillar con luz propia en aquella penumbra sofocante. Sus ojos, dos pozos sin fondo, la observaban con una mezcla de hambre y triunfo.

—Te dije que no ibas a poder detenerlo —dijo la otra Daniela.

Su voz era profunda, grave, como si proviniera de las entrañas de la tierra o de algún lugar aún más remoto y terrible. Una voz que no había sido hecha para emerger de una garganta humana.

Antes de que Daniela pudiera moverse o hablar, la puerta detrás de ella se cerró con un estruendo ensordecedor, el sonido retumbando en aquella vastedad imposible como un trueno. La oscuridad la envolvió por completo, sofocante, palpable. Sintió cómo se deslizaba por su piel, cómo se infiltraba por sus fosas nasales, por sus oídos, por su boca entreabierta en un grito silencioso. Intentó resistirse, pero era como luchar contra la marea.

Despertó con un sobresalto violento, jadeando como si hubiera estado a punto de ahogarse. Las sábanas estaban empapadas en sudor. Su corazón latía tan deprisa que pensó que se le saldría del pecho.

Pero no era solo el ritmo frenético de sus latidos lo que la aterraba. Era la certeza absoluta de que algo irreparable había sucedido durante el sueño. Algo se había roto, algo se había perdido para siempre. Un umbral se había cruzado y ya no había forma de volver atrás.

La puerta había desaparecido de su mundo físico, sí. Pero ahora comprendía que eso no significaba que estuviera lejos. Al contrario.

Nunca había estado tan cerca.

Ya no era un sueño. Ya no era una alucinación pasajera.

Era una presencia constante, una sombra que la seguiría a partir de ahora, un peso invisible sobre sus hombros que la acompañaría a cada paso.

Y esa presencia, paciente y silenciosa, estaba esperando.

Capítulo 11

La última vez que vi a Álvaro

El día comenzó como tantos otros, desprendiéndose lentamente de la noche, deshaciéndose del terciopelo oscuro de la madrugada para revelar un cielo pálido y enfermizo. Pero para Daniela, nada era igual. Se despertó sintiendo que algo fundamental había cambiado en la textura misma del mundo. No podía precisar qué era, pero lo sentía con cada respiración: esa pesadez sobre su pecho, una sensación de constante vigilancia, como si los rincones de la habitación ocultaran ojos invisibles que no dejaban de observarla.

Se levantó de la cama con esfuerzo. Cada movimiento requería una concentración absoluta, como si sus extremidades hubieran olvidado cómo funcionar durante la noche. Recorrió la habitación con la mirada, buscando instintivamente alguna anomalía, alguna señal de lo que había empezado a acecharla desde las sombras.

Pero todo parecía normal. Dolorosamente normal. Los libros apilados en el escritorio, la ropa de ayer tirada sobre la silla, las cortinas meciéndose suavemente con la brisa que entraba por la ventana entreabierta. Era esa aparente normalidad lo que resultaba más inquietante, como una capa fina que podía rasgarse en cualquier momento para revelar el horror que se escondía debajo.

La luz del amanecer se filtraba tímidamente entre las cortinas, pero no había calidez en ella. Era un resplandor grisáceo y difuso que arrancaba sombras extrañas de los objetos, alargándolas, deformándolas. Un sol que parecía estar muriendo, desmoronándose sobre el horizonte antes incluso de haber comenzado su recorrido diario.

Daniela se dirigió a la cocina con pasos medidos, intentando no hacer ruido, como si temiera despertar a algo que dormía en la casa. La ausencia de su madre la recibió como un presagio. No era inusual que saliera temprano para asistir a sus devociones matutinas en la iglesia, pero esta mañana, esa ausencia tenía un peso distinto. Se sentía definitiva, irreversible.

La silla vacía frente a la mesa de la cocina llamó su atención. Estaba colocada de manera extraña, ligeramente apartada, como si hubiera sido preparada para recibir a un invitado. Un invitado invisible que ocupaba un espacio en el aire, una presencia que parecía estar esperando pacientemente a que ella se acercara.

Daniela no pudo sentarse allí. La idea de ocupar ese lugar le provocaba un rechazo visceral, como si su cuerpo supiera algo que su mente aún se negaba a aceptar.

El súbito vibrar del teléfono sobre la mesa la sobresaltó, arrancándola de sus pensamientos sombríos. La pantalla se iluminó, revelando un nombre que hizo que su corazón diera un vuelco: Álvaro.

Con dedos temblorosos, tomó el aparato. Su dedo se demoró un instante sobre la pantalla antes de deslizarse para contestar, como si una parte de ella quisiera postergar lo inevitable.

—¿Dani? —La voz de Álvaro sonaba extraña, distante, como si le llegara a través de un túnel largo y retorcido, o como si estuviera hablando desde el otro lado de un velo invisible.

—¿Álvaro? —respondió, incapaz de ocultar la ansiedad que le tensaba las cuerdas vocales—. ¿Qué pasa?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio denso, cargado de presagios.

—Nada... —dijo finalmente, pero algo en su tono contradecía sus palabras—. No sé, es solo que... no te he visto en todo el día. Y he estado pensando mucho en ti. En nosotros.

Su voz se quebró ligeramente en la última palabra. Daniela apretó el teléfono contra su oreja, como si eso pudiera acortar la distancia entre ellos, como si pudiera alcanzarlo a través del dispositivo y comprobar que seguía siendo él, que seguía siendo real.

—Es como si... —continuó Álvaro, y Daniela notó que estaba eligiendo cada palabra con cuidado, como quien camina sobre un campo minado—. No pudiera dejar de pensar que todo lo que está pasando está relacionado con... lo que estás soñando. Lo que nos estás contando.

Las palabras de Álvaro resonaron en su cabeza con una claridad aterradora. Daniela había sido cautelosa al compartir sus sueños, revelando solo fragmentos dispersos, pequeños retazos del horror que la perseguía noche tras noche. Pero en los últimos días, esos fragmentos habían comenzado a filtrarse en sus conversaciones diarias, como manchas de tinta que se expandían lentamente sobre un papel absorbente.

—Álvaro, por favor... no sigas, no quiero que... —Se interrumpió, incapaz de continuar. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no quería que se contagiara de su pesadilla? ¿Que temía que al hablar de ello, lo hiciera más real, más tangible?

—No quiero perderte, Dani —la interrumpió él, con una urgencia que delataba su preocupación—. Pero algo no está bien. He sentido que la situación está cambiando. Estoy preocupado.

Y entonces, como un relámpago que ilumina brevemente un paisaje nocturno, Daniela comprendió que Álvaro ya no estaba hablando solo de los sueños. Hablaba de algo más profundo, más oscuro. De la puerta. De la

otra Daniela. Del mal que se había instalado en su vida como un parásito, devorándola desde dentro. De alguna manera, Álvaro lo había intuido. Había sentido la presencia que acechaba entre las sombras, que se deslizaba por los rincones de su existencia compartida.

Él ya lo sabía.

La certeza de que podría perderlo, de que Álvaro también podría ser arrastrado hacia ese abismo que se abría bajo sus pies, cayó sobre ella con el peso aplastante de una losa funeraria. En su corazón, sintió que la tragedia, que hasta entonces había sido una amenaza difusa, ahora tomaba forma concreta y comenzaba a materializarse.

—Álvaro... —Su voz se quebró, las palabras atascándose en su garganta como astillas—. No puedes estar cerca de mí. No quiero que te pase nada. Tú... tú no sabes lo que está pasando. Tú no sabes lo que soy ahora.

Una pausa se extendió entre ellos, tensa como una cuerda a punto de romperse. Los segundos se arrastraban, pesados, pegajosos.

Cuando finalmente respondió, la voz de Álvaro estaba rota, despojada de toda la seguridad y la calidez que solía caracterizarla. Era la voz de alguien que ha vislumbrado el abismo y ha comprendido que no hay barandilla a la que aferrarse.

—¿Qué quieres decir? No entiendo, Dani... ¿qué soy yo para ti entonces?

La pregunta la desgarró por dentro. Quería explicarle, hacerle entender que lo estaba alejando precisamente porque era lo más importante en su vida, porque no soportaría verlo consumido por la misma oscuridad que la estaba devorando a ella. Pero las palabras se le escapaban, se deshacían en su boca antes de que pudiera pronunciarlas.

Podía sentir la respiración de Álvaro a través del teléfono, irregular y tensa. Podía imaginarlo al otro lado de la línea, probablemente sentado al borde de su cama, con los hombros hundidos y el ceño fruncido en esa expresión de preocupación que tanto conocía. Y la idea de estar perdiéndolo, de estar cortando el último vínculo que aún la mantenía anclada a un mundo reconocible, la atravesó como una daga helada.

—Lo que quiero decir —comenzó, cada palabra costándole un esfuerzo sobrehumano— es que, si sigues cerca de mí... te arrastraré conmigo. Y te lo juro, Álvaro, no quiero eso para ti. Nadie más debe sufrir por mis sueños.

Un silencio largo y pesado siguió a sus palabras. Daniela podía sentir la angustia creciendo dentro de ella como una marea oscura, amenazando con ahogarla.

—Yo... —dijo finalmente Álvaro, su voz apenas un susurro—. No sé si puedo dejarte ir, Dani. No sé si puedo vivir con esto.

Antes de que ella pudiera responder, antes de que pudiera implorarle que se mantuviera a salvo, que se alejara de ella mientras aún podía hacerlo, la línea se cortó.

El teléfono quedó mudo en su mano, frío y pesado como una piedra. Un objeto inerte que momentos antes había sido su último vínculo con Álvaro, con la normalidad, con todo lo que había querido y perdido.

Un vacío se abrió en su pecho, expandiéndose como un agujero negro que devoraba todo a su paso. Cada latido de su corazón parecía más doloroso que el anterior, como si cada pulsación bombeara no sangre sino desolación a través de sus venas.

Y entonces, mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse silenciosamente por sus mejillas, algo captó su atención por el rabillo del ojo. Un movimiento sutil en la esquina de la cocina, donde las sombras eran más densas.

Allí estaba ella.

La otra Daniela.

Ya no era una aparición confinada a sus pesadillas, ni una presencia fugaz que se desvanecía al intentar enfocarla. Estaba allí, física y terrible, en la esquina de su propia cocina, observándola con esos ojos que eran los suyos y a la vez no lo eran. Ojos vacíos, sin vida, como pozos sin fondo que reflejaban un cosmos muerto.

Y sonreía. Una sonrisa torcida que le deformaba el rostro, como si los músculos faciales no supieran exactamente cómo reproducir ese gesto humano.

Daniela intentó gritar, pero el terror le había robado la voz. De su garganta solo emergió un sonido ahogado, un gemido débil que murió antes de convertirse en alarido.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo la otra Daniela.

Su voz, aunque similar a la de la verdadera Daniela en tono y timbre, poseía una cualidad que la hacía inconfundiblemente ajena: un eco profundo, como si detrás de cada palabra resonaran otras voces más antiguas y terribles.

Antes de que Daniela pudiera reaccionar, antes de que pudiera siquiera procesar lo que estaba viendo, la figura se desvaneció. No se fue caminando, ni se esfumó gradualmente. Simplemente dejó de estar allí, como una llama que se extingue de repente, dejando tras de sí solo oscuridad y el recuerdo de su calor.

Pero aunque había desaparecido, Daniela sabía que no se había ido realmente. Había dejado algo atrás. Una marca invisible, una presencia que se adhería a su piel como una fina película aceitosa, imposible de limpiar.

Y en ese momento, mientras el sol seguía elevándose en un cielo que parecía más lejano que nunca, Daniela comprendió una verdad devastadora: la última vez que había visto a Álvaro, él ya no era completamente él mismo. La infección había comenzado a propagarse, contaminando todo lo que ella amaba.

Nada era ya lo que parecía. Nada estaba a salvo.

Y a partir de ahora, el terror sería su única compañía constante, su única certeza en un mundo que se desmoronaba a su alrededor.

Capítulo 12

La marca del destino

El reloj antiguo del pasillo dio las doce campanadas, cada una reverberando en el silencio de la casa como un latido enfermo. Daniela observó los punteros desde el umbral de su habitación, hipnotizada por el movimiento inexorable que marcaba el paso del tiempo en un mundo donde ese concepto comenzaba a perder su significado.

Medianoche. La hora en que el velo entre mundos se adelgaza, según todas las historias que había leído en su niñez. Historias en las que ahora no podía evitar pensar, ahora que su vida misma se había convertido en una de ellas.

Impulsada por un desasosiego que le carcomía las entrañas, salió al jardín trasero. La casa estaba sumida en un silencio absoluto, una quietud tan profunda que parecía haberse detenido el tiempo. Era como si el mundo hubiera dejado de respirar, como si todo —los árboles, las nubes, el viento mismo— estuviera conteniendo el aliento en anticipación de algo terrible.

No podía dejar de pensar en Álvaro, en cómo había terminado su conversación, en el tono de su voz al despedirse. Y los sueños... esos sueños que ya habían dejado de ser meras pesadillas nocturnas para infiltrarse en su vida diurna, desfigurando la realidad hasta volverla irreconocible.

Caminó por el jardín sin rumbo aparente, pero había algo en sus pasos que sugería que no era ella quien elegía la dirección. Una fuerza invisible parecía guiarla, como un hilo invisible que tiraba de ella hacia un destino desconocido. Una voz interior, que no era del todo suya, le susurraba que debía continuar, que había algo que necesitaba encontrar. Algo que podría liberarla de la oscuridad que amenazaba con engullirla por completo.

El aire nocturno era frío, casi cortante, cargado con el olor a tierra húmeda y vegetación en descomposición. Con cada paso que daba, la sensación de desamparo se intensificaba, como si se adentrara en un territorio donde las leyes naturales ya no se aplicaban, donde las certezas que había dado por sentadas toda su vida se deshacían como niebla bajo el sol.

Al fondo del jardín, donde los árboles más viejos formaban una barrera natural contra las propiedades vecinas, algo captó su atención. Un destello tenue, apenas una insinuación de luz que parpadeaba entre las sombras. Si no hubiera estado buscando algo, probablemente lo habría pasado por alto. Pero sus sentidos estaban alerta, afinados por el miedo constante, y aquel resplandor débil fue suficiente para atraerla como una polilla hacia una llama.

Se acercó con cautela, el corazón acelerándose con cada paso. La hierba crujía bajo sus pies, un sonido que parecía anormalmente alto en el silencio expectante que la rodeaba.

Y entonces lo vio.

Una marca en el suelo, dibujada sobre la tierra desnuda como si una mano invisible hubiera apartado la hierba para crear un lienzo natural. No era un grafiti ni una escritura reconocible. Era algo más antiguo, más primordial. Un círculo imperfecto, trazado con líneas que se entrecruzaban formando un patrón intrincado, casi hipnótico. Símbolos que no pertenecían a ningún alfabeto conocido salpicaban la composición, curvas y ángulos que parecían desafiar la geometría euclidiana.

La marca emitía un tenue resplandor azulado, como si estuviera impregnada de algún tipo de fosforescencia natural. Pero Daniela sabía que no había nada de natural en aquello. Era una marca dejada a propósito, un signo, un mensaje.

Y lo peor de todo, lo que le heló la sangre en las venas, era la certeza de que esa marca estaba esperándola. Había sido colocada allí para ella, como una trampa cuidadosamente preparada.

Su mente comenzó a trabajar frenéticamente, haciendo conexiones, buscando explicaciones en los recovecos de su memoria. Recordó fragmentos de textos antiguos que había leído en la universidad, leyendas sobre símbolos arcanos que servían como anclas para entidades de otros planos, marcas que ataban a las personas a destinos inefables. Recordó las palabras de su madre, pronunciadas con aquella voz que no parecía del todo suya: "La puerta ya no está. Ella te llevó a un lugar sin retorno."

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. La marca parecía pulsar ligeramente, como si tuviera un latido propio. Y a pesar del miedo que le atenazaba el estómago, a pesar de todas las advertencias que gritaba su instinto de supervivencia, Daniela sintió una atracción inexplicable hacia aquel símbolo. Era como si una parte de ella, una parte que había existido mucho antes de que naciera, reconociera aquellos trazos y anhelara acercarse más, tocarlos, fundirse con ellos.

Sabía que no debía hacerlo. Cada fibra de su ser racional le decía que se alejara de allí, que volviera a la casa, que cerrara todas las puertas y ventanas y esperara a que amaneciera. Pero la necesidad de comprender lo que le estaba sucediendo, de encontrar respuestas a las preguntas que la atormentaban, era más fuerte.

Con la mano temblorosa, se arrodilló junto a la marca y extendió los dedos hacia ella. El aire alrededor del símbolo parecía vibrar, como si estuviera cargado de una energía estática invisible. A medida que acercaba la mano, el resplandor azulado se intensificaba, pulsando al ritmo de su corazón acelerado.

—No deberías hacer eso —dijo una voz detrás de ella.

Daniela se giró bruscamente, el corazón casi saliéndosele del pecho. Allí, entre las sombras de los árboles, distinguió una silueta que le resultaba vagamente familiar. La figura dio un paso adelante, y la luz tenue de la luna reveló el rostro de Álvaro.

Pero había algo diferente en él. Su mirada, normalmente cálida y llena de vida, ahora parecía distante, como si estuviera mirándola desde otro mundo, desde otro tiempo.

—Álvaro... ¿qué haces aquí? —susurró Daniela, su voz apenas audible sobre el sonido del viento entre las hojas.

—Protegerte —respondió él, con una voz que parecía provenir de un lugar muy profundo, casi como si otra persona estuviera hablando a través de él—. Aunque quizás sea demasiado tarde.

Se acercó más a ella, y Daniela pudo ver que su mano derecha estaba vendada. Un líquido oscuro manchaba las vendas, algo que en la penumbra podría pasar por sangre, pero que tenía un color más intenso, casi negro.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, sin poder apartar la mirada de la herida.

Álvaro miró su propia mano, como si acabara de darse cuenta de que estaba herido.

—El precio que hay que pagar —murmuró—. Cada elección tiene su consecuencia, Daniela. Y algunos precios son más altos de lo que podemos imaginar.

Se acercó más a ella, y con un movimiento rápido, tomó su mano. Daniela sintió un dolor agudo, como si algo hubiera perforado su piel. Quiso retirar la mano, pero Álvaro la sostenía con una fuerza inusitada.

—Lo siento —susurró él, con los ojos llenos de una tristeza antigua—. Pero es la única forma.

Una gota de sangre cayó de la mano de Daniela sobre la marca en el suelo. En el instante en que el líquido carmesí tocó los símbolos, el resplandor azulado se transformó en un destello cegador. El suelo bajo sus pies pareció ondular, como si fuera agua en lugar de tierra sólida.

La marca comenzó a expandirse, las líneas serpenteando como si estuvieran vivas, extendiéndose hacia los pies de Daniela y subiendo por sus tobillos como enredaderas luminosas. No sentía dolor, sino un frío intenso que ascendía por sus piernas, congelando cada célula de su cuerpo.

—¿Qué está pasando? —logró articular, con la voz estrangulada por el terror.

Álvaro la miró fijamente, con una expresión que mezclaba arrepentimiento y determinación.

—La puerta se ha abierto —dijo con voz grave—. Y tú eres la llave.

Una ráfaga de viento helado surgió del centro de la marca, tan intensa que casi la derriba. Con ella vinieron susurros, voces entremezcladas que hablaban en lenguas incomprensibles, algunas suplicantes, otras

amenazantes. Daniela reconoció una de ellas: la misma voz que la había atormentado en sus sueños, la que la llamaba desde el otro lado de una puerta que no debía abrirse.

—La elegida —susurraba la voz, ahora clara como el cristal—. Por fin has llegado.

El mundo alrededor de Daniela comenzó a desdibujarse, como si la realidad misma estuviera disolviéndose. Los árboles, el jardín, incluso el cielo nocturno parecían derretirse, revelando detrás un paisaje diferente, un lugar que desafiaba toda lógica y comprensión.

—Álvaro, ayúdame —suplicó, extendiendo la mano hacia él.

Pero Álvaro ya no estaba allí. En su lugar había una figura encapuchada, alta e imponente, cuyos rasgos permanecían ocultos bajo la sombra de la capucha. Solo sus ojos eran visibles, dos orbes brillantes que la miraban con una mezcla de hambre y anticipación.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo la figura, con una voz que era y no era la de Álvaro—. El destino está sellado.

Y entonces todo se volvió oscuridad.

Capítulo 13

El precio de la verdad

Daniela despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole contra las costillas como un animal enjaulado. La luz grisácea del amanecer se filtraba por las cortinas entre abiertas de su habitación, dibujando sombras alargadas en las paredes. Por un instante, el alivio la inundó: había sido solo otra pesadilla, un sueño terrible pero irreal.

Entonces sintió el dolor punzante en la palma de su mano derecha.

Con un nudo en el estómago, levantó la mano temblorosa hasta la altura de sus ojos. En el centro de su palma, donde Álvaro la había sujetado en lo que ella quería creer que había sido un sueño, había una pequeña marca. No era una herida común; los bordes eran demasiado precisos, como trazados con un instrumento quirúrgico. La marca tenía la forma de un símbolo que reconoció de inmediato: era idéntico a uno de los que componían el extraño círculo en el jardín.

La realidad de lo ocurrido la golpeó con la fuerza de una avalancha. No había sido un sueño. O quizás el sueño era todo lo demás, su vida, su aparente normalidad, y lo que había experimentado anoche era el verdadero despertar.

Se incorporó lentamente, sintiendo cada músculo de su cuerpo protestar como si hubiera corrido una maratón. La habitación parecía la misma de siempre: los libros apilados sobre el escritorio, la ropa doblada sobre la silla, las fotografías enmarcadas en la pared. Y sin embargo, había algo

sutilmente diferente, como si todo hubiera sido desplazado unos milímetros de su posición original.

O quizás era ella quien estaba desplazada, quien ya no pertenecía del todo a este mundo.

El reloj marcaba las 7:15 de la mañana. La casa estaba sumida en un silencio sepulcral, ese tipo de silencio que parece tener peso y textura, que presiona contra los oídos como si fuera una entidad viva.

Con paso inseguro, Daniela se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba refrescarse, aclarar sus ideas, intentar comprender lo que había sucedido. Al pasar frente al espejo, se detuvo en seco. Su reflejo le devolvió una mirada que no reconoció del todo. Eran sus mismos rasgos, su mismo rostro, pero había algo en sus ojos... una sombra, una profundidad que no había estado allí antes.

Se acercó más al espejo, examinando detenidamente su rostro. No había marcas visibles, ningún cambio físico evidente aparte de la cicatriz en su mano. Pero cuanto más se miraba, más intensa se hacía la sensación de que algo fundamental había cambiado en ella. Era como si una parte de su ser hubiera sido reemplazada durante la noche por algo ajeno, algo que no pertenecía a este mundo.

El sonido de pasos en el pasillo la sacó de su ensimismamiento. Se giró bruscamente, esperando ver a su madre o a su hermano menor. Pero el pasillo estaba vacío. Los pasos continuaron, alejándose, hasta desvanecerse en el silencio.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Había alguien más en la casa? ¿O era otra manifestación de lo que fuera que la estaba acechando?

Volvió a su habitación y se vistió rápidamente, optando por ropa cómoda: unos vaqueros, una camiseta y un suéter grueso a pesar de que la mañana no era particularmente fría. Por alguna razón, sentía un frío interior que ninguna prenda podría mitigar.

Al salir al pasillo, la sensación de inquietud se intensificó. La casa se sentía diferente, como si las paredes guardaran secretos, como si los rincones oscuros ocultaran presencias invisibles. El pasillo parecía más largo de lo habitual, estirándose ante ella como un túnel que conduce a lo desconocido.

Finalmente llegó a la cocina. Su madre estaba allí, sentada a la mesa con un rosario entre los dedos, los labios moviéndose en una oración silenciosa. Parecía más pálida de lo normal, con profundas ojeras bajo los ojos, como si tampoco hubiera dormido.

—Buenos días, mamá —dijo Daniela, intentando que su voz sonara normal.

Su madre levantó la mirada lentamente, como si le costara trabajo enfocar la vista. Cuando sus ojos se posaron en Daniela, algo cambió en su expresión. No fue sorpresa, ni alegría, ni siquiera el desinterés habitual. Fue

reconocimiento mezclado con una profunda tristeza, como si estuviera viendo algo que había temido durante mucho tiempo.

—Dani... —murmuró, y su voz sonaba extrañamente distante—. ¿Cómo te sientes?

La pregunta, aparentemente trivial, resonó en la cocina con un peso inesperado. No era una simple cortesía matutina; había algo más detrás de esas palabras, una preocupación genuina, un miedo que su madre intentaba disimular.

—Estoy... —Daniela dudó. ¿Cómo estaba realmente? Confundida, aterrada, perdida entre mundos que no comprendía—. Estoy bien, creo. Solo algo cansada.

Su madre asintió lentamente, como si entendiera mucho más de lo que Daniela le estaba diciendo.

—Los sueños... —dijo su madre en voz baja, casi para sí misma—. ¿Has vuelto a tenerlos?

Daniela se tensó. Nunca le había contado a su madre sobre las pesadillas recurrentes, sobre la sensación de estar siendo observada, sobre las voces que escuchaba en la oscuridad. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Qué sueños? —preguntó, intentando ganar tiempo mientras decidía cuánto revelar.

Su madre dejó el rosario sobre la mesa con un gesto de resignación. Por un instante, pareció envejecer diez años ante sus ojos.

—Los mismos que yo tuve a tu edad —respondió con voz cansada—. Los sueños donde ellos te llaman, donde intentan atraerte hacia el otro lado.

Un silencio denso se instaló entre ambas. Daniela sentía el pulso acelerado en sus sienes, el eco de las palabras de su madre resonando en su mente como campanas fúnebres.

—¿Tú también? —logró preguntar finalmente, la voz apenas un susurro—. ¿Tú también los escuchabas?

Su madre cerró los ojos brevemente, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso para sostenerlo.

—Todos en nuestra familia los hemos escuchado, Dani. Es una carga que llevamos desde hace generaciones. Pero contigo... contigo es diferente. Ellos te quieren a ti. Siempre te han querido a ti.

Daniela se dejó caer en una silla, las piernas súbitamente incapaces de sostenerla. Miles de preguntas se agolpaban en su mente, pero solo una emergió de sus labios:

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

Su madre extendió la mano y tomó la suya, rozando con el pulgar la pequeña cicatriz en su palma. No pareció sorprendida al verla, como si hubiera estado esperando su aparición.

—Algunos nacemos con una marca invisible —explicó con voz suave—. Una marca que ellos pueden ver, que los atrae como la luz atrae a las polillas. En cada generación, solo uno la porta. En la mía, fue mi hermana Elena.

Daniela recordó vagamente a su tía Elena, una mujer que solo conocía por fotografías antiguas. Había muerto joven, en circunstancias que nunca fueron del todo explicadas.

—¿Qué le pasó? —preguntó, aunque una parte de ella ya intuía la respuesta.

La mirada de su madre se perdió en algún punto lejano, como si estuviera viendo escenas de un pasado doloroso.

—Ella cruzó —dijo finalmente—. Abrió la puerta y cruzó al otro lado. Nunca volvimos a verla.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Daniela. La puerta. La misma puerta que aparecía en sus sueños, la que sentía que debía abrir y al mismo tiempo temer.

—¿Y qué hay... al otro lado? —se atrevió a preguntar.

Su madre negó con la cabeza, los ojos súbitamente brillantes por lágrimas contenidas.

—Nadie lo sabe con certeza. Algunos dicen que es otro mundo, un lugar donde el tiempo y el espacio funcionan de manera diferente. Otros creen que es el reino de los muertos, o de criaturas tan antiguas que carecen de nombre en cualquier lenguaje humano.

Soltó la mano de Daniela y se levantó, dirigiéndose hacia un pequeño mueble en la esquina de la cocina. De uno de los cajones extrajo un libro antiguo, de tapas desgastadas y páginas amarillentas. Lo depositó sobre la mesa frente a Daniela.

—Este libro ha pasado de generación en generación en nuestra familia —explicó—. Contiene todo lo que sabemos sobre ellos, sobre la puerta, sobre lo que sea que existe al otro lado.

Daniela miró el libro con aprensión, como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Por qué no me hablaste de esto antes? —preguntó, con una mezcla de confusión y resentimiento—. ¿Por qué me dejaste creer que estaba volviéndome loca?

—Porque la verdad tiene un precio, Dani —respondió su madre, la voz cargada de un dolor antiguo—. Y ese precio es la inocencia. Una vez que sabes que la puerta existe, que ellos existen, nunca vuelves a ver el mundo de la misma manera. Y ellos... ellos lo sienten. Sienten cuando tomas conciencia de su existencia, y eso los atrae aún más.

Daniela pensó en la marca en el jardín, en Álvaro sujetando su mano con fuerza sobrenatural, en la figura encapuchada que había ocupado su lugar.

¿Era posible que todo eso hubiera sucedido porque ella había comenzado a sospechar, a buscar respuestas?

—¿Y Álvaro? —preguntó súbitamente—. ¿Qué papel juega él en todo esto?

La expresión de su madre cambió, tensándose visiblemente.

—¿Álvaro? —repitió con cautela—. ¿Tu compañero de la universidad?

Daniela asintió, aunque ahora dudaba de si Álvaro era realmente quien ella creía que era.

—Anoche él estaba en el jardín, junto a la marca. Él... hizo algo. Me cortó la mano y dejó caer mi sangre sobre los símbolos.

Su madre se puso pálida, más pálida aún de lo que ya estaba. Se persignó rápidamente y murmuró algo que Daniela no alcanzó a entender.

—¿Estás segura de que era él? —preguntó con urgencia—. ¿Viste claramente su rostro?

Daniela asintió, aunque la verdad era más compleja. Había visto a Álvaro, pero también había visto algo más, algo que usaba su forma como se usa una máscara.

—Era él, pero al final... cambió. Se convirtió en otra cosa.

Su madre se llevó una mano temblorosa a los labios.

—Es peor de lo que temía —susurró—. Han encontrado un ancla en este mundo, alguien cercano a ti. Alguien a quien confías.

—¿Qué significa eso? —preguntó Daniela, aunque una parte de ella ya lo sabía.

—Significa que el velo se está adelgazando —respondió su madre—. La barrera entre nuestro mundo y el suyo es cada vez más débil. Y tú, con tu marca, eres la llave que puede abrir la puerta definitivamente.

Daniela miró la pequeña cicatriz en su mano, ahora pulsando ligeramente con un dolor sordo.

—¿Y qué pasa si la puerta se abre? —preguntó, aunque temía la respuesta.

Su madre la miró directamente a los ojos, con una intensidad que Daniela nunca había visto en ella.

—Entonces ya no habrá vuelta atrás —dijo con voz grave—. Ellos entrarán, y este mundo dejará de ser nuestro.

Un silencio pesado cayó sobre la cocina. Afuera, el día avanzaba, ajeno a la conversación que tenía lugar en el interior de la casa. Gente caminaba por las aceras, coches pasaban por la calle, la vida continuaba su curso normal. Pero dentro de aquellas paredes, dos mujeres enfrentaban una verdad tan antigua como el tiempo, una verdad que amenazaba con destruir no solo sus vidas, sino la realidad misma.

Daniela abrió el libro con manos temblorosas. Las páginas crujieron, liberando un olor a papel viejo y tinta desvanecida. Los símbolos que cubrían las páginas le resultaron familiar. Eran los mismos que había visto

en el jardín, los mismos que había estado dibujando inconscientemente durante semanas.

—¿Qué debo hacer? —preguntó finalmente, alzando la vista hacia su madre—. Si soy la llave, si ellos me quieren a mí, ¿cómo puedo detenerlos?

Su madre sostuvo su mirada con una mezcla de tristeza y determinación.

—No puedes detenerlos —dijo con suavidad—. Solo puedes elegir si abres la puerta por tu propia voluntad, o si dejas que te arrastren a través de ella.

—¿Y qué elegiste tú? —preguntó Daniela, súbitamente consciente de que su madre debía haber enfrentado una decisión similar.

La mujer permaneció en silencio durante un largo momento, como si estuviera sopesando cuánta verdad revelar.

—Yo elegí resistir —respondió finalmente—. Elegí quedarme en este mundo, por ti, por tu hermano. Pero el precio fue alto. Cada día, cada noche, los siento llamándome. A veces los veo en las sombras, esperando, observando. Es una batalla constante, y estoy cansada, Dani. Tan cansada.

Daniela nunca había visto a su madre tan vulnerable, tan despojada de las capas de indiferencia y religiosidad que normalmente la cubrían. Por primera vez, entendió que detrás de esa fachada se escondía una mujer que había estado luchando toda su vida contra fuerzas que escapaban a la comprensión humana.

—Te ayudaré —dijo con una resolución que no sabía que poseía—. Encontraremos una manera de cerrar la puerta para siempre.

Su madre sonrió tristemente, como si apreciara la determinación de su hija pero supiera que era en vano.

—Algunas puertas nunca pueden cerrarse del todo, Dani. Una vez que conoces su existencia, siempre estarán allí, llamándote desde el otro lado.

Daniela miró la cicatriz en su mano, sintiendo cómo pulsaba al ritmo de su corazón. Ya no era solo una marca física; era un recordatorio constante de que su destino estaba entrelazado con fuerzas más allá de su comprensión. Fuerzas que la habían elegido, y que no descansarían hasta conseguir lo que querían.

El precio de la verdad era alto, como su madre había advertido. Pero ahora que conocía esa verdad, no podía dar marcha atrás. Solo podía avanzar, hacia cualquiera que fuera el destino que la aguardaba, fuera en este mundo o en el otro.

Capítulo 14

La sombra se acerca

Los días se hicieron interminables. Daniela no sabía si la angustia que sentía era producto de la ansiedad o si había algo más, algo invisible que la acechaba desde las sombras. Se despertaba cada mañana con la sensación

de que el aire estaba más denso, más pesado, como si todo estuviera bajo la influencia de una fuerza que la obligaba a caminar sin rumbo fijo.

Sus sueños se hicieron más intensos. Ya no eran solo fragmentos de imágenes confusas. Ahora, cada sueño parecía una película completa, con cada detalle perfectamente claro. Y con cada detalle que se cumplía en la realidad, una nueva tragedia caía sobre las personas a su alrededor.

La marca en su mano seguía allí, pequeña, pero visible, un recordatorio constante de lo que se había desatado. A pesar de su miedo, Daniela no podía evitar preguntarse qué sucedería si miraba más de cerca, si se atrevía a comprender más sobre esos sueños, sobre ese destino que parecía haberse sellado sin su consentimiento.

Esa noche, en particular, el sueño fue diferente. Daniela se vio en un bosque oscuro, donde las sombras se movían como si tuvieran vida propia. Caminaba entre los árboles, y sentía que algo la observaba, pero no podía ver qué era. Entonces, en el horizonte, apareció una figura, una figura familiar. Su padre, tambaleándose, con los ojos vidriosos, como siempre cuando estaba ebrio, pero con algo más. Algo oscuro. Algo que no pertenecía a él.

En el sueño, él la miraba fijamente, y sus ojos brillaban con una luz roja, como si la propia oscuridad se hubiera apoderado de él. La figura se acercó lentamente, y cuando estuvo a su lado, le susurró al oído con una voz que no era humana.

—No puedes escapar, hija. El destino siempre te encontrará.

La pesadilla fue tan vívida que cuando Daniela despertó, no podía dejar de mirar las sombras que danzaban en su habitación. El miedo la envolvía, y por un momento, deseó que todo fuera solo una fantasía. Pero sabía que no lo era.

Se levantó de la cama con un sobresalto cuando escuchó un estruendo proveniente del salón. Con el corazón latiéndole en la garganta, corrió por el pasillo, sus pies descalzos apenas haciendo ruido sobre el suelo frío. Lo que encontró al llegar al salón la dejó paralizada.

Su padre yacía en el suelo como un muñeco desarticulado. Su rostro, normalmente ruborizado por el alcohol, tenía ahora una palidez cerúlea. Pero fueron sus ojos los que hicieron que Daniela retrocediera instintivamente: estaban abiertos, fijos en el techo, pero con un brillo antinatural, rojizo, como brasas a punto de extinguirse.

Junto a él, una botella de whisky derramada formaba un charco oscuro sobre el suelo de madera. Y entre sus dedos rígidos, un papel arrugado. Con manos temblorosas, Daniela lo tomó y lo desdobló. La caligrafía era desordenada, pero las palabras eran claras como el cristal:

"El precio de la verdad es el olvido. No hay salvación."

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Era como si su pesadilla se hubiera materializado en el mundo real, como si hubiera cruzado el umbral entre el

sueño y la vigilia. Intentó despertar a su padre, sacudiéndolo por los hombros, pero fue en vano. Su cuerpo parecía una cáscara vacía, como si algo hubiera succionado su esencia.

—¿Lo has visto? —La voz de su madre la sobresaltó.

Daniela se giró para encontrar a su madre de pie en el umbral del salón. Había algo extraño en su actitud, una calma antinatural que contrastaba con el horror de la escena.

—¡Madre! —exclamó Daniela, su voz quebrada por el miedo—. ¡Papá está... algo le ha pasado! ¡Tenemos que llamar a una ambulancia!

Pero su madre no se movió. Sus ojos, fijos en el cuerpo de su esposo, no mostraban sorpresa ni angustia. Solo una resignación fatalista, como si hubiera estado esperando que esto ocurriera desde hacía tiempo.

—Es la sombra, hija —dijo con voz monótona—. No puedes detenerla. Nadie puede. El destino que has visto en tus sueños ya ha comenzado, y ahora todo lo que queda es observarlo, ver cómo todo se desmorona.

Daniela no podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo podía su madre hablar con tanta indiferencia ante semejante situación? Era como si supiera exactamente lo que estaba pasando, como si hubiera visto todo esto antes.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —El dolor y la traición se mezclaban en su voz—. ¿Por qué me dejaste creer que estaba enloqueciendo?

Su madre la miró entonces, y por un instante, un atisbo de humanidad atravesó su mirada.

—Porque no podías saberlo. Nadie puede saberlo hasta que es demasiado tarde. El precio de la verdad siempre llega tarde.

Con esas crípticas palabras, su madre se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo, dejando a Daniela sola con el cuerpo de su padre y un miedo que le carcomía las entrañas.

En el silencio que siguió, creyó escuchar un susurro, tan tenue que podría haber sido solo el viento colándose por alguna rendija. Pero Daniela sabía que no era el viento. Era la sombra, la misma presencia oscura que había visto en sus sueños, que había tocado a su padre y que ahora parecía más cercana que nunca, susurrando promesas de oscuridad y desesperación.

Capítulo 15

La huida imposible

El amanecer llegó con una luz gris, apagada, como si el sol ya no tuviera fuerzas para brillar con la misma intensidad. El aire estaba pesado, cargado de una niebla espesa que se colaba por las rendijas de las ventanas, envolviendo cada rincón de la casa. Daniela se encontraba en su habitación, sin poder dormir, con la mente atrapada entre la pesadilla y la cruda realidad que se desplegaba ante ella.

La imagen de su padre tendido en el suelo del salón la perseguía cada vez que cerraba los ojos. Después de que su madre la dejara sola, había intentado reanimarlo, había gritado pidiendo ayuda, pero todo fue inútil. Su padre respiraba, pero era como si algo hubiera vaciado su interior, dejando solo un cascarón que imitaba la vida.

La desesperación creció en su pecho como una marea negra. Tenía que salir de ahí, tenía que escapar de la opresión de esas paredes que parecían cerrarse sobre ella, de esa casa que ya no reconocía como su hogar. Con movimientos mecánicos, metió algunas pertenencias en una mochila: algo de ropa, el libro antiguo que su madre le había entregado, y el papel con aquella inquietante frase que había encontrado junto a su padre.

Cuando el sol apenas comenzaba a asomarse por el horizonte, Daniela se dirigió hacia la puerta principal. Cada paso le costaba un esfuerzo sobrehumano, como si el aire se hubiera vuelto viscoso, resistiéndose a su avance. Al llegar a la entrada, extendió la mano hacia el pomo, pero antes de que pudiera tocarlo, la puerta se cerró violentamente, como empujada por una fuerza invisible.

—¿Qué...? —El pánico comenzó a trepar por su garganta.

Intentó de nuevo, esta vez con más fuerza, pero el resultado fue el mismo. La puerta parecía sellada, inmóvil como si formara parte sólida de la pared. Su respiración se aceleró. Corrió hacia la cocina, hacia la puerta trasera que daba al jardín, pero al llegar encontró las ventanas empañadas por una extraña sustancia negra que se movía como aceite.

La puerta trasera también estaba bloqueada. Daniela golpeó los cristales con desesperación, pero estos no cedían. Era como si la casa misma hubiera decidido mantenerla prisionera.

Un crujido en el pasillo la hizo girarse bruscamente. El aire frente a ella pareció ondular, como si el espacio mismo se estuviera doblando. Y entonces la vio: una figura que emergía de las sombras, una forma humanoide pero terriblemente distorsionada. Sus contornos eran imprecisos, como si no perteneciera por completo a este plano de existencia. Pero lo más aterrador eran sus ojos, dos orbes ardientes que la miraban con una mezcla de hambre y anticipación.

—No puedes escapar, Daniela —dijo la figura con una voz que parecía provenir de todas partes y de ninguna a la vez, un sonido que reverberaba directamente en su cerebro—. Todos tus esfuerzos son en vano. Ya estás aquí, atrapada.

Daniela retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared. El miedo la paralizaba, congelando cada uno de sus músculos. La figura avanzó, deslizándose más que caminando, acortando la distancia entre ellos.

—¿Qué quieres de mí? —logró articular, su voz apenas un hilo tembloroso.

La sombra ladeó lo que parecía ser su cabeza, como considerando la pregunta.

—Lo quiero todo —respondió finalmente—. Tu miedo, tu desesperación, tu aceptación del destino que siempre ha sido tuyo. La puerta se está abriendo, Daniela, y tú eres la llave.

La marca en la palma de su mano comenzó a arder, un dolor agudo que la hizo doblarse. La sombra extendió lo que parecía ser una extremidad, como si quisiera tocarla, y Daniela sintió un frío intenso emanando de la figura, un frío que iba más allá de lo físico, que parecía congelar su alma misma.

Reuniendo fuerzas que no sabía que poseía, Daniela se impulsó hacia un lado, esquivando a la sombra, y corrió hacia las escaleras que llevaban al segundo piso. Sus pies volaban sobre los escalones, el terror dándole una velocidad sobrehumana. Llegó a su habitación y cerró la puerta de golpe, apoyando su peso contra ella como si esa frágil barrera pudiera detener la oscuridad que la acechaba.

Durante un momento, hubo silencio. Solo el sonido de su respiración agitada y los latidos frenéticos de su corazón. Entonces, desde el otro lado de la puerta, escuchó una risa gutural, un sonido que no tenía nada de humano.

—Recuerda, Daniela —susurró la voz de la sombra, tan cerca que podría haber estado hablándole al oído—. Aquí no hay salida. La huida es imposible.

El silencio volvió a caer, pero Daniela sabía que la sombra seguía allí, esperando. Se deslizó hasta el suelo, con la espalda aún apoyada contra la puerta, y miró a su alrededor. Su habitación, ese espacio que siempre había sido su refugio, ahora le parecía ajena. Las sombras en las esquinas parecían moverse, las paredes parecían respirar.

A través de la ventana, podía ver el mundo exterior, tan cercano y a la vez tan inalcanzable. El cielo gris, los árboles meciéndose con una brisa suave, personas caminando por la acera, ajenas al horror que se desarrollaba dentro de esas paredes. Todo parecía tan normal allí fuera, tan ordinario.

Pero dentro de la casa, las reglas habían cambiado. Algo oscuro, algo antiguo y maligno, había reclamado este espacio. Y a ella.

Con una claridad aterradora, Daniela comprendió lo que su madre había intentado decirle. No había escapatoria. No podía huir de lo que ya estaba escrito, de lo que siempre había sido su destino. La sombra la había encontrado, y no descansaría hasta consumirla por completo.

La marca en su mano pulsaba al ritmo de su corazón, un recordatorio constante de que el tiempo se agotaba. No podía escapar, pero quizás, solo quizás, podría enfrentar lo que viniera. Después de todo, si ella era la llave, también tendría algún tipo de poder sobre la puerta que estaba destinada a abrir.

Con esa frágil esperanza aferrándose a su corazón, Daniela se preparó para lo que fuera que la oscuridad quisiera mostrarle a continuación.

Capítulo 16

La verdad que quema

El aire pesaba. Una humedad sofocante se infiltraba en cada rincón de la casa, como un intruso invisible que se aferraba a los pulmones. Daniela, sentada al borde de la cama, escrutaba las grietas en la pared buscando respuestas que sabía no encontraría allí. La sombra había desaparecido físicamente, pero su esencia permanecía, flotando como veneno en el ambiente, susurrando en sus oídos.

Su hogar se había convertido en una prisión. No era solo el papel tapiz desgastado o las sombras que reptaban por las esquinas. Era algo visceral, primitivo. Algo que aún no comprendía pero que sentía arraigado en lo más profundo de su ser, corroyéndola desde dentro.

El grito desgarró el silencio. Un sonido familiar: su madre. Pero no era desesperación lo que vibraba en su voz; era furia. Una furia antigua y terrible que atravesó a Daniela como una daga de hielo. Se incorporó, el miedo y la rabia colisionando en su pecho con tal fuerza que le robó el aliento. Sus pasos por el pasillo se volvieron pesados, como si avanzara contra una corriente invisible que intentaba repelerla.

En el comedor encontró a su madre, de pie, con el rostro transfigurado. Sus ojos brillaban con una intensidad febril, y sus manos temblaban sujetando un trozo de papel arrugado como una reliquia maldita.

—¡Mamá! —gritó Daniela, pero era como gritar en el vacío. La mujer estaba perdida en un abismo que solo ella podía ver.

—¡No entiendes! —susurró su madre a la nada—. ¡La verdad es demasiado grande! La verdad quema. Nos quema hasta los huesos.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Daniela. La opresión en el pecho se intensificó, como si una mano invisible estuviera exprimiendo su corazón. ¿La verdad? ¿Qué verdad podía ser tan terrible?

Su madre alzó la mirada y Daniela retrocedió instintivamente. Aquellos ojos no eran los que conocía; estaban vacíos, como pozos sin fondo.

—Tú... tú lo sabes, ¿verdad? —La voz de su madre se quebró como cristal—. Sabes que no puedes escapar de lo que hemos hecho. Todo esto... todo esto es tu culpa. Tu destino.

Las palabras cayeron sobre Daniela como losas de piedra. Aunque no entendía su significado, sintió el peso de una culpa ancestral, como si hubiera heredado un pecado primigenio.

—Lo que tú has soñado... es lo que va a suceder —continuó su madre, con una intensidad feroz en la mirada que imploraba perdón y acusaba al mismo tiempo—. Y lo que sucederá... nos destruirá a todos. ¡Tienes que detenerlo, Daniela! ¡Tienes que detener el curso de lo que has visto!

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. Los sueños, las visiones, las desgracias que se cumplían una tras otra... todo estaba conectado por hilos

invisibles, y ella era el centro de ese telaraña macabra. Era la clave, pero, ¿cómo detener algo que parecía inevitable?

La puerta principal se abrió de golpe. El sonido reverberó por la casa como un disparo, rompiendo el trance. Daniela se giró, la respiración entrecortada. En el umbral, una silueta oscura se recortaba contra la luz mortecina: su hermano.

—¡Daniela! —exclamó, con voz ahogada por el pánico—. ¡El mundo está a punto de caer sobre nosotros! ¡Tenemos que salir de aquí!

Daniela lo observó, aturdida. Su hermano, siempre distante, ajeno a los problemas familiares, ahora estaba transformado por un terror palpable.

—¡No! —gritó su madre, levantando las manos como quien intenta detener una avalancha—. ¡No entiendes! ¡Él no puede saberlo!

Pero era tarde. Con la entrada de su hermano, algo cambió en el aire, que se volvió más denso, casi irrespirable. El suelo crujió bajo sus pies como si la casa misma protestara. Daniela percibió cómo la oscuridad tomaba forma nuevamente, cómo el peligro se cernía sobre ellos, inexorable. El destino de todos estaba sellado con sangre invisible.

—Tenemos que irnos —insistió su hermano con voz trémula—. No hay tiempo. ¡Lo que está pasando aquí no es normal! ¡Tenemos que salir!

Pero la verdad que ardía ya no era una advertencia: era una sentencia. Daniela comprendió que, tal como había soñado, estaban atrapados en un círculo que se estrechaba a su alrededor. No había escapatoria. El futuro estaba grabado en piedra, y el terror nacido en sus sueños se había materializado para quedarse.

Y como si la casa misma reconociera esta verdad, las paredes comenzaron a temblar, una vez más.

Capítulo 17

El vacío que consume

La casa se había convertido en territorio extranjero. Lo que antes fuera refugio de memorias y sueños, ahora era un cascarón hueco, donde la quietud oprimía el pecho como una losa de mármol. El aire, cargado de humedad, se espesaba como sangre coagulada, absorbiendo la desesperación que emanaba de sus habitantes.

Daniela avanzaba por el pasillo con pasos medidos, cada vez más consciente de la oscuridad que se cernía sobre ella como un depredador paciente. Las sombras se retorcían y palpitaban, como si tuvieran vida propia, adaptándose al ritmo de sus pasos. Aun dentro de las paredes familiares, sentía haber cruzado un umbral invisible hacia lo desconocido.

A su lado, Marcos guardaba silencio. Era evidente que no solo el miedo lo había empujado a irrumpir con aquella urgencia frenética. Había algo más

profundo, algo que lo hacía parecer distante, como si parte de él ya hubiera sido arrebatada.

Su madre había quedado en el comedor, sumida en un trance inquietante. Sus ojos, normalmente incisivos y críticos, ahora eran dos huecos vacíos. Un cascarón abandonado por el alma que lo habitaba.

—Daniela, debemos salir de aquí. No puedes quedarte con ella —La voz de Marcos rasgó el silencio, áspera como papel de lija—. Yo... yo lo vi. Lo vi anoche, en el sueño. Lo vi.

Daniela lo miró fijamente mientras su corazón se aceleraba. Las piezas del rompecabezas encajaban con un chasquido horrible en su mente. Su hermano, aunque siempre distante, parecía haber sido tocado por la misma fuerza oscura que habitaba sus propios sueños.

—¿Qué viste? —preguntó, luchando por mantener la calma mientras el terror se filtraba por cada poro de su piel.

—Vi a mamá. Vi a mamá... caminando hacia el abismo. Un vacío negro que lo consume todo —Marcos bajó la mirada, el rostro contorsionado por una angustia creciente—. No importa cuánto grite, ella avanza hacia él, como si fuera la única salvación. El vacío, Daniela... es como un pozo sin fin. Te devora, te borra. Y lo peor es que no hay escape. Ni para ella, ni para ti. Para ninguno de nosotros.

Las palabras de su hermano fueron un golpe en el plexo solar. Daniela sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Cada sílaba aumentaba la sensación de estar atrapada en una pesadilla sin fin. Si la visión de Marcos se cumplía, estaban condenados. El vacío, ese abismo hambriento, los esperaba a todos como una bestia paciente.

—No puedo dejarla ir, Marcos —musitó Daniela, sin saber si se refería a su madre o a su propia cordura.

Marcos la miró con desesperación brillando en sus ojos.

—Lo sabes, ¿verdad? Sabes que no podemos salvarla. Pero aún hay tiempo para ti. Aún puedes escapar.

Daniela calló. El terror había colonizado cada rincón de su ser. Las palabras de su hermano resonaban en su cabeza como campanas fúnebres. Tal vez lo único que quedaba era huir, escapar del vacío que acechaba. Pero algo en su interior, una chispa obstinada, insistía en que había más, algo crucial que debía descubrir antes de rendirse.

Un golpe seco quebró sus pensamientos. El sonido de una puerta cerrándose con violencia. La puerta del comedor.

—¿Quién está allí? —preguntó Marcos, su voz tensa, ahogada por el pánico. No hubo respuesta. El terror había paralizado a Daniela. Lo sabía, lo sentía en cada célula: algo fundamental había cambiado. El vacío no solo habitaba dentro de ellos, había empezado a manifestarse en la estructura misma de la casa. Su hogar sucumbía a la oscuridad.

A pesar del miedo que la paralizaba, Daniela dio un paso adelante. El terror la acechaba como una sombra, pero no podía retroceder. Estaba ante un punto de no retorno, ante algo que debía enfrentar aunque la superara.

Una figura apareció en la puerta del comedor. Su madre, pero no era ella. Ya no.

Los ojos de la mujer, negros y vacíos, resplandecían con una intensidad sobrenatural. Su rostro era una máscara rígida, desconectada de la realidad. Parecía estar en trance, arrastrada por una corriente invisible hacia un final inexorable.

Su voz, ahora gélida y distante, resonó en la casa como un susurro desde las profundidades:

—Vengan a mí... el vacío los espera. Es la única forma de salvarnos.

El miedo inundó cada fibra de su cuerpo. Daniela supo entonces que no había escapatoria. El vacío que consumía a su madre había comenzado a devorarlos a todos. Y lo más aterrador era que ahora ella misma podía sentir la llamada del abismo, el susurro seductor del vacío.

Capítulo 18

El descenso al abismo

La luz del pasillo parpadeó como si la casa luchara por mantener la conciencia. La figura de su madre, inmóvil en el umbral del comedor, la miraba con ojos que ya no eran ojos sino pozos de oscuridad, invitándola a un destino que ni ella misma podía comprender.

Marcos retrocedió. El crujido de la madera bajo sus zapatos resonó de forma antinatural, como si la casa absorbiera el sonido y lo devolviera distorsionado. Daniela sintió un sudor frío deslizándose por su columna. Sabía lo que su hermano había visto en sueños, y ahora sentía que la pesadilla estaba a punto de devorarlos a todos, por mucho que intentaran resistir.

—Marcos... —susurró, temerosa de que su voz despertara algo peor en la oscuridad que los cercaba.

Él la miró con idéntica desesperación, pero no hubo tiempo para más. Un estremecimiento recorrió el aire, como si algo encadenado hubiera sido liberado. La atmósfera cambió, y ambos supieron que habían perdido el control. La casa misma los arrastraba hacia un destino irrevocable.

Su madre comenzó a avanzar hacia ellos con pasos mecánicos, como si cada movimiento fuera dictado por una voluntad ajena. El silencio se quebró con el ritmo alterado de su respiración, que parecía provenir de otro cuerpo, de otra dimensión.

Daniela avanzó un paso, impulsada por una mezcla de terror y compasión. La mujer que fue su madre ya solo era un recipiente vacío, una sombra hueca. El vacío al que Marcos se refería se manifestaba en ella, como si su

madre hubiera sido la primera en ser devorada por esa oscuridad insondable.

—Mamá... —rogó Daniela, con la voz rota. Una última súplica a quien alguna vez fue. Pero solo obtuvo silencio.

Los ojos vacíos de la mujer brillaron fugazmente, y algo indefinible cruzó su rostro. Un espasmo sacudió su cuerpo, como si librara una batalla invisible contra un peso abrumador. Finalmente habló, con voz cavernosa que parecía emanar del fondo de un pozo:

—El vacío... es nuestra única salvación. Todos debemos descender... todos debemos ser uno con él.

La palabra "descender" heló la sangre de Daniela. Comprendió que no hablaba solo de un individuo. Era una invitación colectiva, un destino compartido, una caída inevitable.

Marcos reaccionó instintivamente, aferrando su brazo.

—¡No! No lo hagas, Daniela, ¡no puedes seguirla! ¡No puedes seguirla hacia ese... vacío!

Pero su voz quedó ahogada por el estruendo del miedo que inundaba la casa. Daniela sentía el peso de la amenaza invisible presionando sus hombros, haciéndola sentir cada vez más atrapada.

Y entonces, cuando todo parecía perdido, ocurrió lo imposible. A través de los ojos de su madre, Daniela vio el vacío. No como una fuerza externa, sino como algo que la había estado consumiendo desde siempre. Era el mismo abismo de sus pesadillas, el mismo que había estado acechando sus sueños. Un agujero en el corazón de la realidad que devoraba sin piedad todo lo que alcanzaba.

Con esa visión, algo despertó en su interior. La certeza de que lo que veía no era una alucinación ni un sueño, sino la realidad desnuda. Y al contemplar la oscuridad con tanta claridad, supo lo que debía hacer.

Con una fuerza nacida de la desesperación, apartó a su hermano de un empujón. Sabía cuál era su camino. Sabía que la única salida era a través de esa oscuridad, descendiendo con la misma determinación con que todo lo demás había sido arrastrado.

Pero antes de que pudiera moverse, una fuerza invisible la inmovilizó. Era como si las sombras de la casa se hubieran solidificado, envolviendo su cuerpo con una presión insoportable.

Una risa baja, apenas audible, comenzó a resonar. Era la risa de su madre, pero no era ella. Era el vacío el que reía, burlón y cruel, como si todo hubiera sido parte de un plan más oscuro y retorcido.

Y entonces Daniela comprendió lo que había estado ignorando: el vacío no solo consumía. También crecía.

Capítulo 19

La resistencia del alma

El aire se había espesado hasta volverse casi sólido, una masa opresiva que parecía succionar la energía vital con cada respiración. Daniela sentía cómo su cuerpo comenzaba a disolverse en la misma niebla oscura que envolvía la casa. Las paredes respiraban, exhalando malicia con cada crujido, mientras su mente imploraba huir. Pero algo más profundo que el miedo la mantenía allí, enraizada en ese infierno familiar—la certeza de que esto era algo que debía confrontar.

Marcos permanecía a su lado, pero su presencia era más una confirmación del horror que un consuelo. Su rostro era un mapa de pánico y confusión, perdido en un laberinto sin salida. Mientras la oscuridad seguía presionando sobre sus hombros, un pensamiento fugaz atravesó la mente de Daniela: ¿y si la rendición no era la única opción?

La idea de resistencia, de lucha, comenzó a cristalizarse dentro de ella como un pequeño fuego obstinado. ¿Era posible enfrentarse al vacío devorador? ¿Era concebible desafiar esa fuerza implacable que parecía arrastrarlo todo? En sus sueños, siempre había percibido el final como inevitable, como un destino tallado en piedra. Pero ahora, cara a cara con la manifestación de sus pesadillas, la desesperación empezaba a transmutarse en furia contenida, en indignación primitiva. La idea de someterse se volvía más insoportable que el propio miedo.

La risa de su madre seguía reverberando, más estridente con cada eco. Pero Daniela se negó a permitir que ese sonido, esa burla del abismo, la derrotara. Cada inhalación quemaba su garganta, como si el aire mismo estuviera envenenado por la maldad que amenazaba con devorarla.

—Marcos... —pronunció con voz temblorosa pero firme, sus manos aferrándose a su hermano como si fuera un ancla en medio de una tormenta—. Necesito que me ayudes. Necesito que nos ayudemos.

Él la miró con ojos inundados de terror e incertidumbre. No tenía respuestas, no sabía cómo combatir lo que los rodeaba. Pero vislumbró algo en la mirada de su hermana, una determinación feroz que, aunque aterradora, encendió una chispa en su interior.

—¿Cómo? —susurró, la palabra quebrada por la desesperación.

—Juntos. Si nos mantenemos unidos, podemos resistir —afirmó Daniela, más por necesidad que por convicción. Sin embargo, algo primordial en su interior sabía que era el único camino.

El viento comenzó a aullar entre las rendijas, como un animal herido buscando escapar. Las sombras se estiraron y retorcieron en formas imposibles, mientras los muebles parecían distorsionarse, rebelándose contra las leyes de la física. Y aun así, algo en Daniela permanecía intacto, invulnerable—un núcleo inviolable que la oscuridad no podía tocar.

A lo lejos, la figura que fue su madre avanzaba con pasos pesados que parecían hundir el suelo. Su rostro se transformaba con cada paso,

abandonando cualquier vestigio de humanidad para convertirse en algo vacío, en la encarnación de la nada misma. La desesperación de Daniela se intensificó, pero junto a ella creció algo más poderoso que el miedo.

—¡No! —gritó, avanzando hacia la figura que había sido su madre, en un acto que oscilaba entre la valentía suprema y la locura absoluta—. ¡Tú no eres ella! ¡Eres el vacío, la oscuridad que nos consume!

El tiempo pareció congelarse. La figura materna vaciló, como si las palabras de Daniela hubieran golpeado algo vulnerable en esa presencia antes imparable. El vacío, por primera vez, tembló.

Marcos, impulsado por un instinto que superaba su entendimiento, se unió a su hermana. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero algo primigenio le dictaba que su lugar estaba junto a ella, enfrentando juntos lo que fuera que acechaba en esa oscuridad. La unión, pensó, era su única fortaleza remanente.

El rostro materno se contorsionó en una mueca atroz, como si la nada misma luchara por mantener su máscara. La risa cesó bruscamente. Cuando habló, su voz emergió más profunda, más hueca—un susurro que parecía emanar del fondo del abismo mismo.

—¿Creen que pueden resistir? —preguntó, en un tono que era un eco de vacío y desolación—. Nadie escapa. El vacío se lleva a todos.

Antes de que pudiera continuar, Daniela percibió algo despertando en su interior. Una certeza visceral, un conocimiento instintivo de que el vacío, por vasto y poderoso que fuera, no era invencible. La oscuridad podía consumir, sí, pero también podía ser confrontada.

—Lo haremos —replicó con una firmeza que la sorprendió incluso a ella misma.

El aire vibró con tensión. El miedo se entrelazó con la desesperación, pero también con algo nuevo y antiguo a la vez. Un vínculo inquebrantable que los unía, algo que surgía de las profundidades de sus almas. La resistencia no era una batalla contra el vacío, sino contra la rendición. Y mientras Daniela y Marcos se aferraban el uno al otro, la casa se estremeció bajo sus pies como si el mundo mismo reconociera lo que estaba en juego.

Capítulo 20

El abismo que se abre

La atmósfera había mutado. Ya no era el aire denso y opresivo que los envolvía cuando enfrentaron al vacío personificado en su madre. Ahora todo parecía suspendido en un extraño equilibrio, como si el tiempo contuviera la respiración ante lo que estaba por acontecer.

La figura materna se había disuelto entre las sombras, pero su esencia persistía, latente en cada rincón de la casa. Cada paso que daban por el pasillo principal era como avanzar por una cuerda tendida sobre el infinito,

con el abismo extendiéndose debajo, paciente, esperando un solo paso en falso para devorarlos.

—No es ella, no es ella... —murmuraba Marcos como un mantra, pero sus palabras sonaban huecas, un reflejo automático más que una comprensión real. La voz de su madre resonaba en su mente, y la angustia lo consumía como un ácido, desintegrando todo lo que creía conocer.

Daniela sentía el aire condensarse alrededor, como si una fuerza invisible la presionara contra el suelo, arrastrándola hacia una caída sin fin. La casa había cobrado vida, transformándose en un organismo siniestro que respiraba con ellos, alimentándose de su pánico, creciendo con cada paso que los acercaba a su corazón oscuro.

A lo lejos, en las profundidades del pasillo, comenzó a parpadear una luz tenue y antinatural. Un resplandor frío, como el brillo moribundo de una estrella negra—un faro que no prometía salvación sino advertencia. Una señal de que algo mucho más terrible gestaba en las entrañas de la casa.

—Tenemos que llegar al final, tenemos que hacerlo ahora —declaró Daniela con una resolución que la sorprendió. El terror seguía presente, pero algo más profundo, más primitivo, le dictaba que no había marcha atrás. Este era el enfrentamiento final, el momento de la verdad.

Marcos la observó como si buscara en ella algún vestigio de la hermana que conocía, pero solo encontró a una desconocida transformada por circunstancias imposibles, alguien que había cruzado ya el umbral entre la cordura y la desesperación absoluta.

—¿Qué crees que vamos a encontrar allá? —preguntó con voz trémula.

—No lo sé, pero tenemos que estar preparados —respondió ella, sintiendo el ritmo de su corazón acelerarse. Cada paso hacia aquella luz extraña la aproximaba más al abismo, pero también a la verdad. Y por primera vez en mucho tiempo, Daniela temía menos a la oscuridad que a la posibilidad de no conocer jamás lo que se ocultaba tras ella.

El pasillo parecía estirarse ante ellos, como si la casa misma intentara posponer el encuentro inevitable. Cada vez que creían acercarse a la luz, esta se desvanecía para reaparecer más lejos, un espejismo cruel que los arrastraba más profundamente en el laberinto de su propio terror.

Finalmente alcanzaron la puerta. Era antigua, desgastada por el tiempo y la corrosión de las sombras, pero extrañamente intacta, como protegida por alguna fuerza sobrenatural. Daniela la contempló con una mezcla de fascinación y temor. Sabía, con certeza absoluta, que al abrirla no habría retorno posible.

—¿Estás listo? —preguntó a Marcos, aunque era más una pregunta para sí misma.

Él asintió, pálido como un cadáver, sus ojos inundados por la misma incertidumbre que había cargado durante toda la vida.

—Estoy contigo —afirmó, aunque apenas un susurro.

Con mano temblorosa, Daniela empujó la puerta. El chirrido del metal oxidado rasgó el silencio absoluto de la casa. La luz parpadeó una vez más y, en un destello cegador, la puerta cedió por completo.

Lo que encontraron al otro lado desafiaba toda expectativa.

La habitación estaba vacía, pero no era un vacío ordinario. El aire vibraba con densidad casi palpable, como si todo lo acontecido hasta ese momento estuviera suspendido en ese espacio, esperando liberación. La luz extraña flotaba en el centro, pero no era luz natural—era un resplandor gélido, sin vida, como emanado de un lugar más allá del tiempo y el espacio conocidos.

Y allí, en el centro exacto, estaba la figura de su madre. Pero ya no era humana, ni siquiera una sombra. Era la personificación del vacío mismo, un abismo con forma que se retorció y fluctuaba, alimentándose de cada pensamiento aterrado, de cada miedo que los invadía.

—¡Mamá! —el grito de Daniela se perdió en la inmensidad del vacío. La figura se disolvió para reaparecer instantáneamente, cambiando su forma constantemente, como una pesadilla incontrolable. La realidad misma parecía deshacerse a su alrededor.

Marcos retrocedió, su rostro el reflejo puro del pánico. Pero Daniela permaneció firme. Sabía lo que debía hacer.

—¡Tienes que dejarlo ir! —exclamó con todas sus fuerzas. Al hacerlo, sintió un impulso extraño recorrer su cuerpo, una energía que surgía desde lo más profundo de su ser. Con un gesto decidido, extendió las manos hacia la figura, como queriendo capturar la esencia misma del vacío.

Y entonces, en un instante donde luz y oscuridad colisionaron, todo se detuvo.

Capítulo 21

El abismo final

El silencio lo devoró todo. Una quietud absoluta, como si el universo entero hubiera dejado de existir por un instante eterno. Daniela, con la mirada clavada en el vacío que había usurpado la identidad de su madre, comenzó a percibir una sensación extraña en su pecho. Un vacío más profundo que el que había perseguido desde el principio. Una presión inexplicable que parecía consumirla desde dentro. Era como si su mente y cuerpo hubieran sido despojados de toda certeza, como si los acontecimientos futuros ya estuvieran consumados y ella fuera meramente espectadora de un destino inmutable.

Marcos temblaba a su lado, pero su rostro mostraba un horror nuevo. No era ya el miedo a lo externo, sino un terror que emanaba de adentro, una revelación devastadora que desgarraba las fibras mismas de la realidad.

—¿Qué... qué está pasando? —pronunció, su voz fragmentada, como si las palabras pesaran toneladas.

Daniela no respondió. Su mirada se había perdido en las profundidades de algo que solo ella podía ver, algo que yacía dentro de sí misma y que ya no podía ignorar. El abismo frente a ellos no era simplemente el espacio vacío de la habitación, ni la entidad cambiante que había sido su madre. El verdadero abismo se abría dentro de ella —un precipicio de conciencia y revelación que la arrastraba con fuerza irresistible.

En ese preciso momento, algo cambió. Una vibración sutil, un estremecimiento que recorrió el aire como una onda expansiva invisible. Era como si una nueva capa de realidad se desplegara ante sus ojos, revelando una verdad oculta hasta entonces. Daniela cerró los ojos por un instante, solo para sentir cómo la presión en su pecho aumentaba exponencialmente, una sensación asfixiante de colapso universal, como si todo lo que había conocido, todo lo que había sido, se estuviera desvaneciendo en la nada.

Abrió los ojos de golpe.

Y vio algo que paralizó su alma.

Donde antes estaba el cuerpo de su madre, ahora se erguía una sombra imposible. No era un ser humano, sino algo inconmensurablemente más antiguo y vasto. Una entidad que había estado aguardando, paciente, el momento exacto en que Daniela cayera en su trampa. Sus miedos, su angustia, habían sido la llave que abrió el portal. Y ella, sin saberlo, había interpretado el papel crucial en este drama cósmico.

Un eco profundo inundó la habitación, una risa que no pertenecía a este mundo. No era el sonido humano de su madre, sino la carcajada de algo monstruoso, un eco nacido de las entrañas mismas del universo.

—Tú... eres la llave, Daniela. Tú has abierto la puerta. Y ahora, nada puede detener lo que vendrá.

La voz resonó directamente en su mente, haciendo vibrar cada átomo de su ser, como si las paredes mismas de la realidad se estuvieran desmoronando bajo su peso.

Daniela retrocedió un paso, su corazón martilleando contra su pecho, pero su mente se negó a rendirse ante el pánico. Sabía lo que debía hacer. Sabía que la única manera de detener aquella entidad, de impedir que ese mal primordial se desbordara arrasándolo todo, era enfrentarlo directamente. Y para eso, necesitaba abrazar la verdad que había permanecido oculta durante toda su existencia.

—No... —pronunció suavemente, pero con una certeza feroz—. No soy la llave. Tú eres la puerta.

Con un movimiento rápido, Daniela extendió su mano hacia la sombra. Y entonces ocurrió lo impensable.

La figura se disolvió instantáneamente. No como un cuerpo que se desintegra, sino como una ilusión que se rompe. La sombra se desvaneció en un suspiro. Y con ella, todo comenzó a disolverse: las paredes, la habitación, la luz sobrenatural... la realidad completa.

Marcos, que había permanecido en silencio, contemplando con horror el escenario, comenzó a vislumbrar la misma verdad que Daniela acababa de comprender. El abismo que se había abierto no era más que un reflejo de la distorsión de sus propios miedos, una proyección creada por sus mentes atormentadas. La maldición nunca había estado en los sueños, sino en lo que se negaban a enfrentar.

—¿Qué... qué está pasando?! —gritó, mientras la realidad se desmoronaba a su alrededor.

Daniela lo miró con una mezcla de tristeza infinita y comprensión profunda. Por fin entendía lo que había ocurrido. Lo que había sido real y lo que era ilusión.

La casa, la oscuridad, los sueños... todo había sido manifestación de sus propios terrores, de su incapacidad para aceptar lo que habitaba dentro de ella misma. Su madre, su padre, su hermano... ellos no eran los responsables. La responsabilidad recaía únicamente en su percepción distorsionada, en la manera en que había permitido que el miedo gobernara su existencia.

Con un gesto casi imperceptible, Daniela cerró los ojos y exhaló profundamente. Cuando volvió a abrirlos, la casa había desaparecido por completo. El pasillo, la habitación sombría, todo se había esfumado. Solo quedaba la brisa limpia de la realidad.

Marcos la miró, su rostro una mezcla contradictoria de alivio y confusión.

—¿Lo hemos logrado? —preguntó, apenas creyendo lo que veía.

—Sí —respondió Daniela, pero su voz tenía una serenidad inquietante—. Pero no de la forma en que pensábamos.

La revelación final era devastadora en su simplicidad: lo que habían enfrentado no era una entidad externa, sino algo mucho más íntimo y aterrador. El verdadero abismo había estado dentro de ellos desde el principio.

Epílogo

El eco del abismo

La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana de la habitación. Pero Daniela ya no sentía la misma calidez en esos rayos dorados. Había cambiado. Todo había cambiado. Ella ya no era la misma joven que había llegado a esa casa llena de pesadillas, de sueños aterradoros que se cumplían con una precisión macabra. El tiempo que había pasado en esa

espiral de angustia y terror parecía lejano, como si fuera una vida que no le perteneciera.

Las huellas de lo vivido no desaparecen, ni siquiera cuando la mente decide desconectarse de los recuerdos más oscuros. Daniela lo sabía bien. Había enfrentado algo mucho más profundo que cualquier monstruo o sombra. Había tocado el abismo, no el de la oscuridad externa, sino el de su propio ser, el que había estado oculto durante años. Y había emergido, por fin, de esa grieta.

La historia de su familia, la de su madre, su padre y su hermano, ya no era la misma. No porque los hechos se hubieran modificado, sino porque su percepción de ellos se había transformado. Lo que antes le parecía condena, ahora se le mostraba como un reflejo de su propia fragilidad humana, de sus miedos más profundos y sus deseos de escapar de lo inevitable.

Marcos había cambiado también. Ya no era el hermano distante, el joven que veía todo desde la periferia, sin comprender. Ahora, con el mismo rostro, pero con una mirada más madura, él también era consciente de que, al igual que Daniela, debía enfrentarse a su propia sombra. La verdad que él había ignorado durante tanto tiempo lo alcanzó con la misma fuerza con la que la oscuridad se había apoderado de ella. Pero juntos, ambos se habían liberado de las cadenas invisibles que los mantenían prisioneros.

El abismo no se cierra fácilmente. Hay ecos de él que quedan resonando en las paredes del alma, en la conciencia. A veces, incluso, esos ecos se vuelven susurros familiares, como el murmullo lejano de un sueño que no termina de desvanecerse. Daniela sabía que, aunque el horror inmediato había pasado, las cicatrices no desaparecerían de inmediato. Pero ahora era capaz de verlas, aceptarlas, comprender que no había nada más aterrador que ignorarlas.

Mientras miraba por la ventana, contemplando el mundo que, desde su perspectiva renovada, parecía al mismo tiempo familiar y extraño, recordó algo que había leído una vez en uno de sus libros de historia: "El verdadero abismo no es el que nos rodea, sino el que llevamos dentro." Y comprendió que no había sido el terror lo que la había destruido, sino el no haber entendido que todo lo que temía residía en su propio corazón.

Con el tiempo, Daniela se dio cuenta de que los sueños, los temores, las tragedias que había presenciado y vivido, formaban parte de un ciclo que no era simplemente un castigo o una condena. Eran una lección. La vida no es algo que podamos controlar, ni siquiera nuestros propios miedos. Pero el poder de elegir cómo enfrentarlos, cómo aceptar lo que no se puede cambiar, es lo que nos da la verdadera libertad.

A veces, la verdadera maldición no es saber lo que sucederá, sino tener que aprender a vivir con ello.

Y, mientras la luz del día iluminaba su rostro, Daniela entendió que, por fin, estaba lista para vivir.

Fin.